

claridad

AÑO VI.

SANTIAGO, JUNIO DE 1925.
ARTE - CIENCIA - CRITICA

NÚM. 131

Originales de: Raúl Haya de la Torre, Daniel Schweitzer, Manuel Guzmán, S. Fuentes, Simplicio, Juan Gandulfo, Tomás Lago, Jaime Joyce, Gerardo Seguel, Donato Luben y una página de verdadero mérito sobre Angel Ganivet.—**Notas de Arte.**—**Versos de:** Ruben Azócar, Eric Gouzy, Víctor Serge, Jaime Torres Bodet y Fernández Moreno.—**Grabados de:** Alejandro Jacovleff y Geo.



SALUDO A JUAN TONKIN

Juan Tonkin, gran visir de la Compañía Chilena de Electricidad Industrial, mejor hubiera sido ser el lapidario que escribiese en el relieve de la materia perdurable tu placa defuntiva. Me contentaré con saludarte en tu alta victoria, con mis palabras más fieles, por ahora, Juan Tonkin, especulador de alto bordo, filibustero denotado, hombre de empresas atrevidas. Por fin habéis hechado a la bota rota insaciable de vuestros delegatarios los últimos cobres de toda una ciudad, por fin encontrásteis en el gobierno de la desamparada comuna, los caballeros de industria propicios a pactar este último despojo, por fin conseguísteis el alza de tarifas como legítimo premio —justicia es reconocerlo— a vuestra pertinaz actitud de dominador aguerrido.

De pie sobre el anhelo nunca habéis conocido la ingratitud de las cosas perseguidas y no iba a ser ahora que tal sucediese tratándose de un golpe sin importancia dado a una ciudad que huele a cadaverina por sus cuatro costados; sarnosa de conventillos, mendicante de indigencia, ausente de vitalidad social.

Una huelga hasta hace poco era un arma ofensiva en contra de las pretensiones desmedidas de tus representados, pero he aquí, Juan Tonkin, que tus manos sabias utilizan la ley de la transformación de la energía y del hambre y de la extorsión de tus obreros y obreras que podían haberte levantado una

Precio: 40 Centavos

horca, sacas, prestidigitador sin igual, con la limpieza de los escamoteos teatrales la doble tarifa en los pasajes de tus tranvías.

El pueblo, el mismo que en estos fríos crepúsculos invernales puede incendiar a lo largo de la Alameda, pongamos por ejemplo, todos los tranvías del tránsito, no cree en tus fanfarronadas de capatáz, en tus gallardías de calabrés, en tu audacia grande como un carro parque que no es para descrita.

Pero yo, Juan Tonkin, de tu posteridad me preocupo, y hoy te saludo tal como eres para los intereses santiaguinos, pernicioso como la sífilis, profesor de energía, parado frente a la ciudad vencida, con tu voluntad de acero y tu magnífica risa de porcelana.

TOMÁS BAXTER.

Desenmascaremos a los demagogos del chauvinismo

El fallo arbitral de Mr. Coolidge en la cuestión de Tacna y Arica ha creado una situación internacional a la que debemos estar atentos. De nuevo los intereses inferiores de la política interna juegan papel determinante y lo que se creyó solución resulta problema y más que problema, enredo. En esta oportunidad la burguesía chilena y los señores de sus castas conservadoras no tienen que hacer mucho. Ya lo han hecho en otras oportunidades y ya llevaron al martirio, por la mano negra de Sanfuentes, a Domingo Gómez Rojas, gloria y orgullo, símbolo y ejemplo de esta nuestra generación perseguida y heroica. Ahora quienes tienen que hacer son los señores de la oligarquía peruana que gobiernan: es el señor Leguía, demagogo chauvinista, agitador de patriotería, traficante de la ingenuidad de un pueblo. El señor Leguía, huérfano de toda cultura, comerciante de origen y de espíritu, ha hecho su negocio acicateando el odio a Chile y prometiendo reivindicaciones fantásticas. Como es ignorante, ha sustituido fácilmente los puntos de un programa que no podía concebir, con la fraseología de Monsieur Chauvin. Desde su primer gobierno, salvó situaciones críticas de la política interna inventando guerras posibles con el Ecuador, con Bolivia y con Chile. Entonces la juventud era más de redil y caía en el engaño. A cada alharaca internacional algunos centenares de jovencitos se trajeaban de soldados y se dejaban revistar por el Jefe del Estado. Leguía, con el éxito del sistema lo usó desde que, de acuerdo con los truts petroleros yanquis, inició su campaña electoral en el Perú en 1919, para ocupar la presidencia de la República por segunda vez. Entonces su chilenofofia adquirió caracteres rabiosos. Se hizo llamar "sargento sobreviviente de Miraflores" y "caudillo de la reivindicación". Tan pronto como asaltó el poder por un cuartelazo, en la madrugada del 4 de Julio del mismo año 19, su grito patriótera se convirtió en arma política. "Chileno" era todo aquel que no aceptaba ser leguista. El mote cayó sobre muchos y no se libró de él ni gente de la más pura cepa patriótera como don Augusto Durand, jefe del partido liberal, que desapareció más tarde por muerte misteriosa.

Una asamblea nacional declaró nulo el Tratado de Ancón. Esa misma asamblea fué la que reformó la Constitución peruana, que Leguía interpreta a su leal saber y entender. Más tarde, maniatado por la diplomacia chilena, fué sumiso al arbitraje que debía resolver sobre el artículo tercero del mismo Tratado que él había negado altaneramente. Entonces creyó que debía entregar la soberanía económica a Yanqui-landia para pagarle el precio de un fallo favorable. Pero a pesar de ser comerciante de profesión, Leguía olvidó que es peligroso pagar por adelantado. El imperialismo yanqui, con el Perú entre las zarpas, se ha reído de Leguía. Más le interesa Chile y sobre todo su salitre para cuya explotación acaba de formarse uno de los más fuertes sindicatos del Continente. El fallo ha sido absolutamente adverso, y Leguía hasta el día anterior del 4 de Marzo decía por medio de sus voceros oficiales que el

triunfo sería suyo. Ha resultado engañoso, engañoso. La sorpresa ha sido cruel para el mercader audaz y dura, muy dura, para la masa que él sugestionó e incitó con la esperanza de Tacna y Arica, en cuyo nombre cometió atropellos y crímenes. El plebiscito es su derrota, es la derrota de su política y Leguía jugará la última carta para defenderse, empujado por la patriotería que él mismo fomentó y agitó con fines personales.

Y este es el peligro.

Todas las gentes jóvenes de América debemos mirar atentamente los movimientos de un tirano que trata de defender su posición a cualquier precio. La oposición de los partidos burgueses del Perú se hace en nombre de una nueva agitación patriótica. Un general Benavide y unos señores Pardos, Piérolas, Villarames, Rivaqueros, Prados, Belaundes y otros tantos, tienen la misma sed de poder y de Tiranía que tuvo Leguía en 1919. Naturalmente que su "lei motiv" es ahora la cuestión Tacna y Arica. Tacna y Arica ha sido desde hace cuarenta años la Celestina de los políticos profesionales. Pues bien, la oposición ahora puede ganar terreno y Leguía tratará de defenderse buscando una salida cualquiera sin importarle ningún peligro, ya que para él la mayor es la caída del poder.

¿Cuál ha de ser esa salida?

Es difícil ver claro desde aquí, con las noticias breves de los diarios. Pero no sería raro que llegara a la agitación del Perú para un conflicto militar. De todos modos, esta cuestión está meneando los bajos fondos del odio, está avivando rencores, está arrastrando a nuestra América a un peligro de divisionismos que imponen de todos los hombres jóvenes—intelectuales, obreros y estudiantes—una actitud definida, enérgica y vasta, de acusación, de llamamiento a la concordia de los pueblos y de

agitación revolucionaria para impedir una guerra.

Un frente único es urgente. Un frente único de todos los trabajadores manuales e intelectuales de la nueva generación de América. Un frente único de pueblos contra los nacionalismos, contra los militarismos, contra los políticos burgueses y los tiranos impúdicos que arrastran a los pueblos a matanzas inútiles.

Desenmascaremos a los demagogos del chauvinismo. Yo invito a los obreros estudiantes y obreros de Chile a hacer lo mismo. Tenemos que intensificar nuestra acción para señalar a los traficantes de la credulidad popular. En el Perú, nosotros no omitiremos medio alguno por ir hasta el fin contra ellos. Lo urgente es que la América joven, la América proletaria, la América consciente se organice y actúe. Una guerra o una agitación militarista halagaría a los Estados Unidos porque le alejaría el peligro de la unidad latino-americana por mucho tiempo—siglos quizá—a la vez que le daría nueva oportunidad para intervenir, vender armamentos y negociar empréstitos. Nuestro deber es iniciar inmediatamente la organización de las fuerzas jóvenes de nuestra América. De todos sus ámbitos debe ir hacia el Perú y Chile la voz de acusación contra los mercaderes del patriotismo. Hay que gritar mucho, mucho, hasta que se nos oiga, que con Tacna y Arica o sin Tacna y Arica los pueblos chileno y peruano vivirán siempre frente a sus problemas propios. El "roto" seguirá tan explotado como hoy y el "indio" y el "cholo" también. Hay que decirlo y repetirlo, sobre todo, repetirlo, que la cuestión no es que en Tacna y Arica el explotador sea peruano o chileno, sino que lo esencial es que los pueblos se rediman y que las líneas fronterizas que hoy sirven de agarraderas al imperialismo yanqui y a las tiranías criollas desaparezcan para siempre en el gran amor de la justicia.

Todo esto hay que decirlo, pero a tiempo y a coro. Hay que decirlo con la enérgica resolución de quien dice verdad y puede luchar hasta el fin por lo que dice.

HAYA DE LA TORRE.

Londres, 31 de Marzo de 1925.

Aux Arms, Citoyens!

Rouget de L'Isle era indudablemente un poeta visionario. Cuando, en el período que precedió a la gran revolución francesa de 1789, compuso el himno de los marseleses que tanta fusión logró, se anticipaba a los acontecimientos. Efectivamente, los ciudadanos necesitaban estrechar filas para conquistar la libertad, la "santa libertad" como la calificó el poeta. Y se produjeron los hechos asombrosos de la gran revolución, y desde el siglo XVIII las multitudes entonan apasionadamente el himno de la libertad, la Marsellesa.

Ni siquiera la Internacional ha logrado desbancar la inspirada canción de los marseleses. En nuestra época de reivindicaciones económicas, los pueblos lanzan al viento, como un apóstrofe, el "arriba los pobres del mundo" de la Internacional, pero jamás dejan de hacer vibrar, como una clarinada que advierte la fuerza ideal del tercer estado, del pueblo llano, el verbo pujante de la Marsellesa.

Por eso, vuelvo a recordarlo. Es menester que se afiancen las conquistas obtenidas con el sacrificio de las generaciones revolucionarias de 1789, puesto que sobre ellas se asientan los postulados de reivindicación económica porque lucha el proletariado en nuestra época.

Ante todo, necesitamos debatir ampliamente, con toda libertad, sin trabas de ningún género, las necesidades de los productores.

El mínimo de libertad alcanzado, hace falta a cada instante. Ayer no más, entre nosotros, aunque se siga mintiendo al respecto, unos militares asal-

taron al Gobierno, y con su mano torpe persiguieron todo lo que impedía el logro de su única pretensión; un aumento de sueldos y de grados, que también se convierte en aumento de sueldos. Para esta conquista de las milicias de hoy, no se derramó sangre líquida y caliente de hombres; pero se desgarraron todas las libertades, reunión, prensa, propaganda, etc. Y se desquició la administración del país.

Aunque no teagamos mucho que quejarnos en cuanto a este último capítulo, ello nos alarmó, y nos sigue preocupando por el hecho de ser los militares los sucesores en el sitial del mando. Esto es un peligro permanente, una amenaza en todos los momentos, porque el poder, y más que éste la costumbre o el hábito del poder crean situaciones nuevas y alientan a perdurar en la actitud asumida.

No nos alarmamos ante el desquicio institucional que se proclama y confiesa. Bien desquiciada y corrompida conocíamos la vida gubernamental de este país, y el atentado de los militares no vino sino a rubricar ante el público semejante estado de cosas.

Hay que vivir de otra manera. Hay que justificar la asociación de hombres que nos congrega, haciendo de la agrupación un concierto armónico en el que predomine el acuerdo efectivo, cierto, obtenido sin presiones ni atropellos, de los asociados.

Pero estamos en una republiquita de carnaval donde todo lo que mira al interés común parece una incidencia de fiesta de Momo. Para enderezar

la crisis del Estado, para apuntalar el régimen democrático de gobierno, otros militares, PORQUE FUERON OTROS MILITARES LOS QUE SE PUSIERON A LA CABEZA DE LA SEGUNDA REVOLUCIÓN POLÍTICA DE LAS QUE ESTAMOS SUFRIENDO AÚN LAS CONSECUENCIAS, afianzaron más todavía su garra heridora de lo que sufre su roce, y trayendo al Presidente de su exilio, reconstituyeron el escenario cambiando muy poco en la decoración: los sueldos y los grados continuaron aumentándose; el Congreso siguió disuelto, como el Consejo de Estado; y los mismos personajes de la política de siempre desempeñan un papel, importante o secundario, en el manejo de los bienes y de los asuntos de interés común.

No he criticado ni disiento del movimiento de opinión que hizo regresar al Presidente Alessandri. Al contrario, nuestra incultura, nuestra incipiente de civilización, nuestra falta de orientaciones sociales, la ausencia completa de organizaciones serias de trabajadores, capaces de orientarse ante un acontecimiento de la gravedad del que ocurría aquí debían producir como resultado la vuelta del "Elegido". Al fin y al cabo, nadie como él se había acercado al pueblo y había logrado traducir, confusamente siquiera, algo de sus clamores de miseria que pretendía un poco de justicia y de dignidad para su vida. Ningún hombre pudo como Alessandri encarnar el anhelo popular, que, junto con el repudio de cualquier régimen de fuerza en la atención de la vida colectiva, pretendía la implantación de una era nueva de satisfacción efectiva de la necesidad y desarrollo pleno de la personalidad humana.

Desgraciadamente, la preponderancia de los militares en el manejo de la cosa pública no se ha reducido con la reasunción del mando del Presidente. Por el contrario, éste parece debatirse impotente para reducir el desenfreno de los kaiseroides.

De ahí que aparte de las escaramuzas para llamar a elecciones, hacer una nueva constitución y otras ingenuidades parecidas, se divise ya la dictadura que se cierne como una amenaza a corto plazo.

No hay término medio para la situación que atravesamos. Los militares insaciables en su frenesí

de mando y de poder, invaden como el aluvión y descabezán políticos, instituciones, principios, todo. Actualmente, se debaten en el estertor de la más dolorosa agonía los esfuerzos de los que quisieran poner un dique a sus desenfrenos. Ya se sabe que mañana o pasado tendremos una asonada nueva. Si tenemos suerte, veremos desfilar ametralladoras por el centro, regimientos en traje de maniobras; oficiales y gran cuenta de generales de nuevo cuño, pasar preocupados y dominadores, a causar la nueva mutación en el escenario político.

Esta farsa tiene posibilidades de diverso género. O bien los militares se alzarán de frente, exigiendo la jefatura del gobierno—lo que equivale a hacer Presidente al comandante Ibáñez, aspiración que acarician los más intelectuales de entre los militares—o bien nos darán la apariencia de un movimiento de simpatía popular, aliándose con los comunistas y así servirán al pueblo ignorante un curare más peligroso que la misma anarquía de hoy, porque traerá la inanición de todo intento libertario, bajo el escudo de guerra de una dictadura de obreros y soldados; o bien, finalmente, y esta es la posibilidad más efectiva, la escisión entre los militares, complicada con ambiciones de todo género, estallará al fin y veremos correr sangre de hermanos, sangre generosa de soldados que en absoluta inconsciencia obedecen a los que los mandan a morir...

De cualquier modo que sea, y aún cuando la inquietud y la agitación se prolongaran más allá de lo previsible, esta olla podrida tiene que estallar por sus propias emanaciones mefíticas. Estallará, para que se hundan—¿cuanto tiempo?—nuestras libertades, esas que aún nos permiten escribir, hablar, encontrarnos, enseñar y asociarnos.

Para defenderlas, pues, para impedir que la dictadura gubernativa se junte a la dictadura del capitalismo, tenemos que reconocer flas, tenemos que saber quiénes somos y dónde estamos.

Para eso os entono mi Marsellesa, y os vuelvo a gritar: "Aux armes, citoyens". Hay que saber desde luego quiénes están dispuestos a defender la libertad contra cualquier dictadura.

DANIEL SCHWEITER.

Alrededor de la crisis Universitaria

Es un fenómeno sin explicación aparente la decantada crisis universitaria puesta de manifiesto a cada instante, en las diversas etapas de la vida estudiantil.

Por lo general, aún el espectador más ávido y desinteresado coje cada acontecimiento, cada error desconcertante como algo aislado que no tiene nexos alguno con el resto del organismo universitario y así es regular expresarse en términos generales de la escasez de hombres, de indolencia colectiva, refiriéndose al block estudiantil, y de mercantilismo, fosilidad y perniciosa influencia política, por lo que respecta al profesorado. Esto sin dejar de ser verídico adolece de falta de integridad en el juicio, comúnmente, a más de ser exajerado.

No es difícil que se empiece a dudar de nosotros por haber dicho esto último; debemos entonces explicarnos sin reticencias. Para decir ahora que existe indolencia es necesario que antes haya habido atención esforzada de parte de los estudiantes por los asuntos colectivos.—El espíritu social incapaz de especulaciones abstractas obra por comparación elemental.—Para hablar de fosilidad y mercantilismo, ahora, es menester que haya habido espíritus actuales entre los profesores, con relación a su tiempo, y también austeridad. En nuestra historia universitaria de la existencia de ninguna de estas hermosas cualidades sería flador el que esto escribe. Y esto en razón de nuestra misma vida dependiente, reflejo inexacto del crepúsculo europeo. Ha debido ocurrir fatalmente así.

Tomamos la organización universitaria en punto de egresar profesionales y ahí la tenemos plantada hoy como ayer con su afortunada manufactura de títulos. La tragimos sin que encarne principio alguno como no sea la enigmática leyenda que hay al pie de su escudo y que dice: Universidad de

Chile Protectora de las Ciencias y de las Artes y que constituye su adereso más pueril en la indigencia sin auxilio en que se encuentra.

Infestada de los procedimientos del siglo XVIII, la última novedad del viejo mundo llegada a nuestros oídos, entregado su organismo superior a la tutela de los profesionales, deformó al individuo en su desarrollo integral, contribuyendo a formar castas sociales, perpetró cátedras sin objeto precipitando la ruina del Estado, cultivó la escala docente y con ella el servilismo cerrando sus puertas a todo eco exterior a todo contacto público, hizo la carrera universitaria. Ha contribuido a mantener la cochinería política, los privilegios oligárquicos, todos los vicios de la doctrina democrática de hace dos siglos. No ha hecho sino imitar, conservar, con constancia de abeja en todo sentido y a todo trance.

Es una actitud impropia entonces sentir enseguida la nostalgia de algo que nunca tuvo existencia en verdad.

La cátedra universitaria fué el recurso providencial para salvar una carrera mediocre y deslucida o fué el comienzo a última hora de una provechosa especulación política. Está hecha a base de textos de fecha más o menos remota y por lo general extranjeros. Es imposible exigir algo a tal institución a menos de querer un desatino.

Ahora bien, producto de esta extraordinaria incubadora nuestra estupenda juventud universitaria, ¿ha hecho crisis en alguno de sus atributos brillantes? ¿En un punto siquiera del destino que le señaló el índice universitario?

Hace tiempo el señor Leopoldo Alas respondiendo a una encuesta sobre reforma de universidades españolas, que no tienen por qué ser mejores que la nuestra, se paraba sobre la realidad al quejarse con

desenfado de la ausencia de personalidad e iniciativa, de la falta de preparación, e incapacidad del alumnado de las escuelas superiores. En el terreno de nuestra actualidad cotidiana talvez sea bueno un examen de esta queja del catedrático español.

Existen conceptos generales cuyo proceso no tiene precisamente la transparencia lógica del agua potable, juicios públicos universales de reconocida consideración, vulgares como el doctor Fernández Peña o el neo salvarsán, que por tan traídos y llevados, alcanzando el sitio de los lugares comunes libraron ya su reputación de toda probabilidad adversa. En este caso se encuentra el prestigio estudiantil.

Practicamos la perniciosa costumbre de adular a la juventud debilidad de hombres maduros que tiene su culminación en las razas provecas, vestigios de la exaltación paternal por la infancia la edad más o menos fronteriza; y esto llega a constituir una especie de escollo de madrèporas al solidificarse en la sucesión ininterrumpida de generación tras generación. El manoseamiento de frases abunda sobre el espíritu universitario que por acesión viene a resultar el espíritu estudiantil: la más alta conciencia de la nación, mentor espiritual de la sociedad, proyector incontaminado de virtud y sabiduría. Lamentando su ausencia se afirma su existencia, esto lo oímos a diario: es impresionantemente ver lo que debiera ser el radiador de no se qué exelencias etc., etc. (Laboratorio sacro con liturgia impermeable).

En rigor la presencia de estas frases puede ser que nos turben sin razón con su gravedad pretenciosa. Sin embargo queremos seguir creyendo en la utilidad de su escamoteo de la lista de los rótulos patentados. La universidad según su estructura actual, según sus antecedentes históricos no tiene por qué dar, no tiene por qué ser otra cosa que la que da y lo que es. Habiendo sembrado césped no era posible recojer jazmines. Tristeza.

La importancia de estos errores de concepto público es que tiene sus proyecciones de consideración. Los alumnos constituidos en Federación de Estudiantes nos muestran en relieve una cara de esta peligrosa equivocación. Contando con la simpatía consensual del medio, prestigiada por obra de bi birloqui ante las masas ha sido el trampolín milagroso para buen número de acróbatas políticos y de contados escrúpulos y propósitos de enredadera. Los tabajadores entregaban su infortunado destino a esa juventud rodeada de nombres higiénicos que venía sin embargo a traicionarlos de nuevo.

Mucho se ha discutido. La Federación de Estudiantes no podía ser, a pesar de todo, sino una cosa sospechosa; a más de su origen universitario tiene en su contra su origen social que comienza donde termina el estado llano. La clase media y la oligarcía llenan la matrícula universitaria. A la institución estudiantil iban a buscar sus personeros el adjetivo rojo de agitador palabra de farmacia con aptitudes de cánula con la cual también se podía entrar al parlamento por cierto estrecho orificio: el coeficiente electoral sin chechar, conseguido mediante la desvergüenza. *La Federación de Estudiantes debe desaparecer. Los organismos obreros deben combatirla abiertamente hasta terminar con su agencia de corretajes.*

El error de mucho de esto proviene del exceso de esperanzas que se han depositado sobre la universidad y lo que la rodea. Es la hora de romper los ligamentos con un pasado atardecido, es la hora de esclarecer con voluntad inexorable todas las respuestas dudosas y de precipitar los organismos en reposo. La universidad hay que cambiarla por entero, hay que cambiar a sus profesores y hay que cambiar a sus alumnos. Tal como se encuentra sin un eclecticismo de buen cuño, sin cátedras libres, torcida sobre sí misma, en su función única de uso casero, con su deplorable fisonomía.

MANUEL GUZMÁN

Emporio Valparaíso

ARTURO PRAT 972

Artículos de abarrotos de primera clase

COMPRE un

AGENTES AUTORIZADOS.

CARLOS ORREGO y Cía. Ltda.

Ford

EL AUTO UNIVERSAL

a ORREGO

SANTIAGO

HUERFANOS 819-823

La Reforma de la Primera Enseñanza y el Gobierno

1

Es ya sobradamente conocida la labor social que realizan los profesores primarios organizados. En medio de los bamboleos que sufre el régimen capitalista, siempre han tenido una actitud más o menos definida, no obstante su condición de asalariados del Estado. Pero su mayor visión está en haber abordado el problema social en su punto más esencial, como es la reconstrucción de la enseñanza que ellos imparten. Con justa razón han pensado que una renovación para que sea fructífera, debe ir acompañada de un cambio en la organización y en la finalidad de la educación. «Las revoluciones más estables—dice Ingenieros,—son las que se hacen educando». Por eso es que han orientado el grueso de su acción a divulgar y arrancar la reforma de la enseñanza. Hasta hoy el maestro ha sido un simple repetidor de lugares comunes, un hacedor de tornillos y visagras para la máquina estatal-capitalista. La educación primaria—como la secundaria, la superior y la especial—no ha obedecido a ningún objetivo. El mismo tríptico medioeval de leer, escribir y contar, con algunas noticias vagas e inútiles acerca de otras ciencias, y nada más. El desarrollo de la personalidad del niño, la insinuación de sus aptitudes, el libre juego de sus múltiples iniciativas, su responsabilidad, su capacidad artística, han sido siempre destrozados por la ignorancia del maestro y por el dogmatismo del Estado. De ahí que las escuelas hayan estado arrojando año tras año un ejército de esclavos y parásitos acondicionados para la explotación y el pauperismo. Por otra parte, el maestro, no obstante su condición de asalariado y su origen eminentemente proletario, había vivido siempre alejándose de los trabajadores, por indiferencia, por torpeza o por arribismo. Sobre todo era manifiesto este hecho en el profesorado femenino, pues la mujer es más propensa a la vanidad y la simpatía.

Pero la reacción hubo de operarse en el magisterio primario y por eso lo vemos desde algunos años, tomar parte en la lucha social al lado de las organizaciones obreras, por eso he-

mós observado actitudes dignas de su ministerio y altivas de toda hombría.

2

Tanto la escuela primaria como la enseñanza de los otros grados, no tienen una finalidad útil. Aquella se ha concretado a llenarle la mente a los chicos de ciertos conocimientos elementales pseudo-científicos, y a amaestrarlos en la lectura y escritura. La personalidad espontánea y curiosa del muchachito, no ha sido nunca aguijoneada a su libre desenvolvimiento; por el contrario, el niño se desarrolla dentro de un lecho de Procusto: reglamentos, prejuicios, dogmas, cosas hechas, pasividad, castigos, amenazas, etc. De tal modo que el pequeñuelo se transforma en un jovencito desorientado y, luego después, en un adulto servil y de fácil obediencia y explotación.

Los profesores primarios han reaccionado violentamente contra el anacronismo de la enseñanza y han elaborado un plan que creen útil y bueno. Por lo menos, el hecho de que ellos manejen lo que conocen e imparten, es ya un paso eficaz y progresivo.

3

El Gobierno, frente a este movimiento de los primarios, ha puesto oídos sordos, no obstante las pomposas declaraciones de los gobernantes de que la educación es el asunto de sus desvelos. Ante la obra constructiva de los maestros el Gobierno tiembla y no se interesa por atenderlos. Mas importancia tiene para los políticos que manejan este país, el hacer una Constitución, es decir, un cúmulo de reglamentos más o menos remozados para tener otra cosa que atropellar y pisotear. El proletariado en general, no se inmuta por estas reformas constitucionales, y en cambio se ha agrupado al lado de los maestros primarios prestándoles todo su concurso.

Nosotros esperamos que los profesores no han de decaer en esta lucha contra la escuela actual y, por ende, contra los privilegios de la clase capitalista y usufructuaria.

S. FUENTES V.

Sobre la carestía de la vida

No solamente estallan conflictos entre el capital y el trabajo, aún cuando a este respecto está bien marcado el antagonismo y existirá mientras una minoría que posee todos los medios de producción explote el trabajo; también se promueven, por repercusión, entre el comprador y el vendedor, es decir, en el cambio mismo de los productos, por la elemental razón de que este cambio está basado sobre una evaluación de esos productos.

Según los señores economistas, la ley de la oferta y la demanda debía regular este cambio; pero la tal ley es falseada a cada instante por las condiciones económicas que padecemos.

El valor de un producto no sufre solamente las fluctuaciones que resultan de su abundancia o de su escasez, sino también las que son consecuencia de causas particulares, como el acaparamiento por la especulación.

Gracias a la concentración del capital-moneda, a la facilidad de los medios de cambio, a la difusión de los productos enviados a todas partes por los múltiples medios de comunicación que surcan todos los países del mundo, los productos pueden ser acaparados en poco tiempo y distribuidos de igual forma.

En tiempos pasados, estas operaciones tenían que hacerse a plazos asaz largos; pero, a la hora actual, un aviso telefónico basta para sensibilizar el mercado y provocar el alza o la baja, y en las Bolsas los señores comerciantes, pueden sin alteraciones, acaparar determinada mercancía para realizar un beneficio.

Los millones son así dueños de las bocas ham-

brientas; ellos son los que hacen gemir a nuestras mujeres caseras, alarmadas por los precios de los artículos, y llorar a los pobres pequeñuelos, cuyo alimento, el pan inclusive, tiene que ser tasado!

Todas las reclamaciones sobre el precio de los artículos alimenticios provienen, sobre todo, de la acaparamiento. El consumidor grita contra el carnicero y este se disculpa, con justa razón sin duda, con los grandes tratantes de ganados que mantienen su precio con un alza exagerada. ¡Oh! Hay también colonos que se aprovechan de la ocasión para vender la leche, los huevos, la manteca, a precios exorbitantes; especuladores asimismo, arrastrados por la zarabanda infernal de la loca carrera en pos de los beneficios; viejos aldeanos, arrebatados por el sordido interés y acumuladores también de pequeños capitales en el clásico calcetín, o por codicia del bien ajeno; pequeños capitalistas en ciernes, que sacan provecho de la perturbación del mercado, atraídos por los grandes potentados de la especulación para explotar a su vez a los pobres diablos.

Es un encadenamiento de engaños y robos que va del pequeño al grande; es una gama sucesiva de beneficios, en la que se perciben especialmente las notas elevadas, las que parten de la orquesta de los grandes especuladores.

Los gobernantes abren informaciones y, probablemente dentro de seis meses o un año, cuando el mal haya hecho estragos en las bohardillas de los miserables, pondrán los paliativos de siempre. El pueblo, benévolo, se figurará que se ocupan de él y que velan con celo por sus intereses.

¡Paliativos! sería preciso atacar la raíz misma del mal, y los gobernantes—¡desgraciados!—saben bien que no es ese su deseo y menos aún su misión...

En nuestra sociedad mercantil hemos aprendido sobre todo a contar, medir y tasar. Cada cabeza humana posee un libro de cuentas mejor o peor llevado, donde están inscritas las fatídicas palabras "debe" y "haber". El haber es la ganancia realizable; millones, miles, o centenares de pesos.

La sociedad ha creado un individuo a su imagen, un señor mezquino siempre dispuesto a hacerse las preguntas definitivas. ¿Qué me reportará tal cosa? ¿A cómo puedo dar esto o aquello? ¿Qué medios, más o menos correctos o sucios, podré emplear para ganar tal cantidad...?

Puesto que se valora un objeto, una jornada de trabajo, una pareja de bueyes o una docena de huevos, es indispensable que en el cambio hecho haya un engaño, porque esta evaluación es ficticia y la ley de la oferta y la demanda falseada sin cesar.

El valor de una cosa no puede corresponder al tiempo empleado ni a las condiciones de trabajo para producirla, como tampoco a su abundancia o escasez; este valor es establecido aproximativamente por las condiciones económicas actuales. Más como estas condiciones económicas son burladas y perturbadas muy a menudo, ocurre lo mismo con el valor de los productos. Perturbando hasta las propias condiciones normales de la vida económica, resulta *a fortiori* que las condiciones anormales producto de la incoherencia de la organización social actual las falsean igualmente, todavía más...

Normalmente, el patrono, por ejemplo, fija la jornada de trabajo de un obrero en un tanto, porque es el patrono, el amo, y porque se ha apoderado de la maquinaria y posee un capital más o menos importante; pero, en fin de cuentas, especula con la miseria del desposeído, obligado a vender su fuerza-trabajo a no importa que precio. De un lado el amo como poseedor; de otro, el proletario. Imponiéndose como se impone, por sí misma la autoridad del capital, ¿qué queda de esa famosa ley de la oferta y la demanda que debe regular con justeza relaciones tan desproporcionadas?

La fuerza de un lado, la debilidad de otro; no hay necesidad de decir cuál será el vencedor.

Si el patrono, el capitalista, dueño igualmente de los productos, realiza naturalmente un beneficio sobre el valor de estos productos vendiéndolos a cierto precio, deducción hecha de los salarios pagados a sus obreros y de la conservación del material, puede todavía aumentar este beneficio por la especulación.

Sin embargo, podría haber una atenuación en los precios por medio de la libre concurrencia, esa famosa libre concurrencia, que nos presentan como una providencia económica encargada de corregir las cosas, de equilibrarlas y de crear cierta armonía en todo el caos actual. Pura ilusión. A cada instante vienen los hechos a denunciar esta aserción lanzada por nuestros economistas para salvaguardar la organización social que les es cara.

En un barrio de una ciudad, por ejemplo, se establecerá un mayor número de tenderos carniceros u otros pequeños comerciantes; el precio de las mercancías podrá bajar momentáneamente e ir algunos a la ruina; pero como es preciso que toda esa gente viva y la clientela de cada uno es restringida, los precios tenderán a aumentar sin que para ello haya siquiera acuerdo o formación de *trust* entre los interesados.

Un artículo podrá ser vendido más barato por uno a fin de atraer más clientes, bien sea porque el vendedor esté en mejores condiciones para procurarse el artículo, bien porque sea inferior su calidad; pero se resarcirá subiendo el precio de otras mercancías, y cada cual hará otro tanto. En el conjunto, y gracias a la libre concurrencia, se comprará más caro.

Y en los grandes establecimientos donde todo está monopolizado, será otra cosa distinta, ya que entra en ellos por mucho la especulación y ésta, más las "maniobras", del gran comercio, vienen por añadidura a ayudar a extrujar al comprador y a someterle al yugo sin que se perciba de ello siquiera.

En una palabra: se producen y cambian productos para realizar beneficios. He ahí el hecho dominante de nuestro estado social.

No se cosecha trigo para alimentar; no se construyen habitaciones para alojarse; no se tejen ropas para vestirse. ¡No! No es éste el objeto de la producción capitalista. El objeto es cultivar, fabricar, edificar, producir para obtener un provecho de ello, para realizar beneficios.

Si fuese de otro modo, es evidentísimo que no existiría el capital como medio de explotación y que los hombres trabajarían simplemente para satisfacer sus necesidades.

Pero en nuestra sociedad, constituida contra el

buen sentido, sucede completamente de otro modo: se trata de realizar beneficios, y nuestras relaciones económicas se escalonan y se dividen dentro de este hecho que las domina en todos los aspectos.

Esta explotación con todas sus graduaciones ni siquiera está coordinada; experimenta a menudo inesperados sobresaltos a consecuencia de las jugadas de Bolsa y de las crisis impropriadamente llamadas "crisis de sobreproducción" (absolutamente relativas con relación al consumo). Pero estos sobresaltos son atenuados prontamente... nuestros gobernantes están ahí para eso. Domesticados por el capitalismo, ponen al punto a disposición de éste la fuerza pública y los millones del presupuesto para abrir en lejanos países—so pretexto de colonizar, defender la integridad de la patria o la dignidad de la bandera—los mercados precisos para la colocación de los productos, que son, no obstante, necesarios a los trabajadores del propio país.

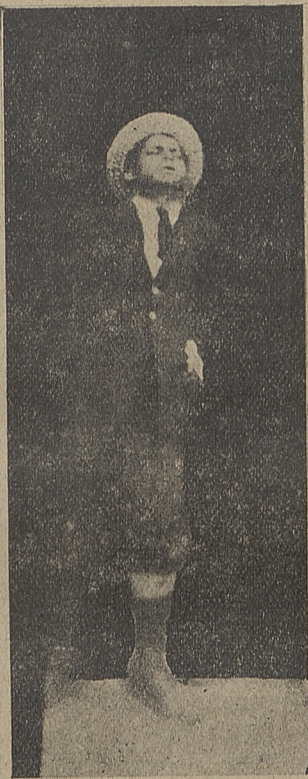
COMENTARIOS

Celebrando un nombramiento.—

El Presidente de la Federación de Estudiantes de Chile, Roberto Meza Fuentes—revolucionario flor de un día—celebra con regocijo su reciente nombramiento gubernativo.

Como todos saben, Meza Fuentes—literato mediocre y poeta fracasado—después de haber pronunciado en contra de los militares algunos discursos de fraseología barata, acaba de ser designado por el Gobierno miembro de una comisión encargada, en apariencia, de divulgar las leyes sociales, en realidad, de aquietar el espíritu rebelde y combativo de las multitudes y de destruir los sindicatos revolucionarios de los trabajadores.

Actualmente dicha comisión se encuentra en Iquique; esperamos que los obreros, los empleados y los profesores, procedan con ella en la forma que corresponde.



Roberto Meza Fuentes

Haya de la Torre.—

Con verdadero agrado publicamos en otras columnas el artículo de nuestro antiguo conocido Raúl Haya de la Torre.

Este amigo nuestro, después de haber sido expulsado de su país por el dictador Leguía, y de Suiza por el gobierno liberal de esta democracia, que a cada momento se nos presenta como la nación ideal por excelencia, se encuentra hoy día en Londres restableciendo su quebrantada salud. Dolorosa, llena de sobresaltos e inquietudes ha sido la vida de este buen compañero que tan lucidamente desempeñó la Presidencia de la Federación de Estudiantes del Perú.

Tipo con pasta y alma de verdadero luchador, ha continuado a pesar de todas las persecuciones la propaganda de sus ideas revolucionarias.

El Gobierno peruano trató en repetidas ocasiones de atraerlo a su causa con halagos y con honores, pero él, más honrado que el último presidente de la Federación de Estudiantes de Chile, Roberto Meza Fuentes, en ningún momento cedió a la tentación y siempre permaneció fiel y leal a sus principios. Los "prácticos" de la época podrán seguramente reprocharle su quijotismo y sus ilusiones, pero no podrán decirle que ha sido un traidor o un traficante.

La Federación no hace falta.—

Cuatro o cinco políticos estudiantiles, ambiciosos y arribistas, están empeñados en reunir los restos dispersos de la antigua organización para constituir una nueva Federación de Estudiantes.

La "ganancia" regula todas nuestras relaciones sociales; ella las hizo convertirse en cuestiones de lucro y creó en cada uno de nosotros una mentalidad particular; la mentalidad capitalista.

El Dios dinero ha tocado a sus criaturas con su varita dorada y transformó a los individuos en sagaces calculadores y en fríos egoístas. Ha arrancado todas las vegetaciones lujuriantes del altruismo y de la solidaridad para no dejar sino las malas hierbas del personalismo extremado.

Todo es materia de tráfico: el sufragio del elector, el concurso de los ministros, los descubrimientos del investigador, las ideas del pensador, la belleza de la mujer, la virginidad de la inocencia. Todo está medido por "lo que deja", y jamás las palabras de Guizot; "enriqueceos por todos los medios posibles", fueron tan corrientes como a la hora presente.

SIMPLICIO.

A pesar de sus esfuerzos, no logran, sin embargo, triunfar en sus propósitos.

Inútilmente tratan de interesar a los estudiantes con la perspectiva de una campaña por la casa propia y la reforma universitaria, porque nadie les atiende ni les hace caso. Están todos demasiado escamados con los últimos traspies dados por los dirigentes de la Federación, para prestar oídos a estas nuevas sirenas del oportunismo estudiantil.

Los acontecimientos políticos recientes, han demostrado, en forma clara, que la Federación no es ya aquel organismo que en épocas pasadas realizara una intensa propaganda cultural, de divulgación ideológica y de protesta permanente contra los abusos gubernativos.

En la actualidad, es sólo una de tantas instituciones que existen por la tenacidad de algunos caudillos que pugnan por destacarse para lucrar con el puesto de presidente.

En efecto, después que la Federación se ha abanderizado en uno de los bandos que se disputaban el gobierno, después que su presidente ha formado—acompañado de los comunistas—en las comparsas pretorianas que se organizaron para sostenerlo, ¿quién puede creer que se rehace la Federación y se disputa su presidencia con otro fin que no sea el de obtener ventajas personales y situaciones de predominio?

¿Qué institución obrera irá en lo sucesivo a creer en la sinceridad de los que mandan y en la honestidad de los que orientan la mesnada estudiantil? ¿Cómo será posible continuar engañando a las juventudes de América, con manifestaciones pomposas de solaridad y peticiones de ayuda para combatir las dictaduras, cuando al primer agasajo se entregan completamente en brazos de los gobernantes?

Desengáñense los pastores del rebaño estudiantil y no pierdan su tiempo en tentativas pueriles. Está hoy la Federación por demás desacreditada en el criterio del público para que sea posible levantarla de nuevo. Hizo su papel como todos los organismos y en tal concepto debe únicamente considerársela como un recuerdo histórico.

Lo mismo que antes.—

Llevamos cerca de diez meses de gobierno militar, y por ninguna parte se ven los frutos o los benéficos resultados que este cambio haya traído para bien del pueblo y progreso del país.

Todo continúa en el mismo estado de desacerdos e inmoralidades que cuando legislaban los parlamentarios corrompidos y venales.

Los gastos públicos han crecido en proporción increíble con motivo del mejoramiento de sueldos a los empleados de la administración; la burocracia—el más firme y seguro sostén del mantenimiento del Estado—ha aumentado en forma escandalosa debido a la creación de puestos inútiles y bien rentados. Los sueldos fabulosos que se han asignado los nuevos salvadores de la República, inflan el presupuesto y desequilibran las finanzas. Agregamos a esto el pago enorme de pensiones a los militares retirados, que constituyen otro ejército tan numeroso como el que está en servicio activo, y tendremos una situación verdaderamente incomparable. El pueblo, lo mismo que antes, sigue viviendo mal, comiendo peor y ganando poco. Las contribuciones, directas o indirectas, establecidas por el Gobierno para saldar parte de los gastos que dejamos enumerados, le arrebatan los últimos centavos de su jornal escaso.

Y este estado de cosas ha asumido tales caracteres, que en muchos hogares ha hincado ya sus garras la miseria horrenda.

Marchamos rápidamente, aunque se trate de ocultarlo, hacia un estado de violencias y arbitrariedades sin nombre. Sin embargo, los que están

en las alturas parece que no ven o que no quieren ver, ya que pretenden con inocentes paliativos remediar lo que no tiene remedio.

¿Y para llegar a esto se han hecho tantas y tan ampulosas declaraciones, repitiendo a cada paso ordenaremos las finanzas, sanaremos la administración pública, combatiremos la politiquería, haremos, en una palabra, obra de reconstrucción nacional?

Epístola a Su Excelencia.—

Excelencia, Excelencia, Excelencia: tengo hambre Excelencia, mi mujer carece de zapatos y mi chiquillo de juguetes.

¡Ah, no sabe usted Excelencia la suerte mísera que arrastramos nosotros los artistas, los artistas, los artistas!

Clavando por aquí, sableando por allá, se desenvuelve nuestra vida de genios incomprendidos para el burgués grasiento y adiposo.

Porque, Excelencia, yo, yo pertenezco a la pléyade escogida de las inteligencias superiores "que no doblegan jamás la entereza viril ante la mediocridad triunfante". Sí, Excelencia, yo soy un rebelde, Excelencia, un rebelde por excelencia...

¡Ah, no sabe usted quién soy yo, Excelencia!

He escrito un libro, Excelencia, un grueso y pesado libro que no está al alcance de los espíritus pacatos y medianos.

Excelencia, usted lo hallará a la venta en las peluquerías y en los almacenes de chorizos y de menestras.

¡Ah, qué gemidos, Excelencia, qué gemidos arrancaría a mi corazón, para enternecer su espíritu noble y delicado, a fin de interesarlo en esta cruzada que estoy librando en beneficio de los artistas!

¡Ah, qué gran cosa es ser artista, Excelencia!

El artista, especialmente el artista de vanguardia, que espanta a los palurdos con sus excentricidades de payaso, no las tiene como todos, Excelencia, no, Excelencia; las tiene más grande, las tiene más grande, las tiene más grande, las alas de la inspiración, Excelencia.

Yo, Excelencia—fíjese bien, Excelencia—he leído a Kant, Aurelio Díaz Meza, Platón, Carlos Mondaca, Aristóteles, Conan Doyle, Vargas Vila, Amado Nervo y Hernán Díaz Arrieta; tengo una cultura recia, Excelencia, que no entienden los peluqueros de mi tierra.

Por qué no me dá un puestecito, Excelencia, usted que es magnánimo, más grande que Vasconcelos y más alto que Armando Donoso?

Cree la escuela de los artistas, Excelencia, creela y nómbreme a mí para dirigirla.

¡Qué no haría yo si usted me diera cincuenta mil pesos para organizarla!

Se lo aseguro, Excelencia, se lo aseguro, sería capaz de hacerlos desaparecer por obra de presdignación!

¡Ah, Excelencia, no desoiga la voz del porvenir y atienda la súplica doliente de su servidor!

«EL TONTO DE LA CHAQUETA NEGRA».

Sentimiento que decae.—

No cabe duda que en forma lenta pero segura va decaendo el sentimiento y el espíritu patriótico del pueblo. Este es un hecho que está al alcance de quien quiera comprobarlo.

Las festividades patrióticas, siguiendo el mismo destino de las carnestolendas religiosas, pierden cada vez en novedad y en interés.

Los elementos populares se van por fin convenciendo de la inutilidad completa de rememorar los hechos de armas, que no aumentan su cultura, no mejoran su condición ni elevan su inteligencia.

Esto, tanto es así, que para darle algún brillo artificial a la conmemoración reciente del 21 de Mayo, hubo necesidad de efectuar una manifestación pública con el carácter de Cruzada por la Salud de la Raza.

A pesar de todo, no alcanzó las proyecciones apetecidas. A excepción de los alumnos de las escuelas primarias, de los policías y de los militares, que tenían que asistir por imperioso mandato gubernativo, sólo algunos curiosos y desocupados se congregaron en torno a los monumentos que recuerdan hechos sangrientos de un pasado obscuro y tenebroso.

El pueblo, el obrero organizado, estuvo ageno a estas estridencias de la marcialidad ciudadana; no lograron conmovirlo ni las músicas ni las fanfarrias militares.

Es un signo inequívoco y evidente de progreso. Nos congratulamos por ello.

ARISTARCO.

**

Sabemos que aparecerá a mediados de Junio la revista ANDAMIOS, suplemento de arte y literatura, editado por la Asociación de Profesores.

Su redacción está a cargo de las camaradas Rubén Azócar, Gerardo Seguel y Salvador Fuentes.

NOTAS DE ARTE

Las artes plásticas en el extranjero

CROQUIS DE ALEJANDRO JACOVLEFF

Alejandro Jacovleff nació en una ciudad que cambió tres veces de nombre: Petersburgo, Petrogrado y ahora Leningrado, bajo el régimen rojo. Cursó sus primeros estudios en la Academia de Bellas Artes, con el profesor Kardovsky. En 1913, fué agraciado con una bolsa de viaje o beca, que le permitió visitar varios países del Extremo Oriente, empezando su gira en 1917, trasladándose a China, a Mongolia y a Japón.

De su permanencia más o menos dilatada en esas tierras fascinadoras por su extraño y misterioso exotismo, ¿qué trajo el artista en su vendimia de impresiones y de labor afebrada? Pinturas de tonalidades nobles y sintéticas, exaltando el sentido decorativo; dibujos en dos tonos, y numerosos croquis que llenan una docena de cuadernos y algunas carpetas.

Todos esos trabajos se los verá firmados con caracteres chinos, tratando de transcribir aproximadamente su nombre. He ahí descifrados los geroglíficos: *Ja Kou Lo Fu*: Jacovleff.

Unos ratos de contemplación ante estas pinturas, dibujos y croquis, harán que no se olviden más: tan intensa es la personalidad que se devela en esas diversas modalidades. En apretada y deslumbrante teoría desfilan tipos que son suma y símbolo de una determinada clase social. vgr.: la actriz china, vestida de una túnica roja, ofreciendo el escorzo armonioso de un ademán de súplica con sus brazos flexibles, que rematan en los capüllos de sus manos de largos dedos; los espectadores de un teatro pekinés, contemplando desde el paraíso un drama conmovedor, con una atención tan ardiente, que les crispa la frente, les levanta los párpados y les hace abrir la boca; los pescadores de algas de Oshima, desnudo uno, trepando cuesta arriba, con su cuerpo bronceado encorvado por el peso de una pesada canasta; otros reposando en cuclillas, agazapados, concluida la dura labor.

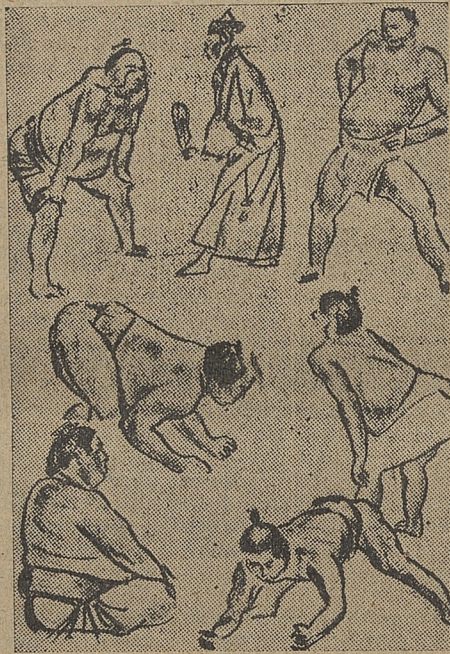
En los croquis les falta, naturalmente, la suntuosidad de los colores la amplitud de las composiciones armoniosas y la distinción del estilo que caracteriza las pinturas. Su ventaja, en cambio de ellos, se halla en que nos parecen más vivientes y más próximos a una realidad inmediata: nos revelan, además, mucho mejor las impresiones instantáneas experimentadas por el artista en ese ambiente nuevo para él. Algunos trazos rápidos de su lápiz, manejado nerviosamente en el calor de la creación, y el modelo surge con rasgos indelebiles. Eso basta para evocar formas plenas, sólidas, y asimismo el movimiento y la agitación de los cuerpos. A veces esos croquis hechos de primera intención, sugieren una asombrosa sensación de densidad, comparable a la que nos dan las lentas creaciones de las esculturas. También a menudo esas pequeñas imágenes inmóviles nos parecen los fragmentos de una cinta cinematográfica, esperándose que en la página siguiente continúen los movimientos comenzados.

Algunos de esos croquis sumariamente coloreados o llevando la indicación de las tonalidades, sirven para preparar dibujos más cuidados y concluidos, así como las pinturas. En uno de sus cuadernos se encuentran los espectadores, que colocara en una grada de un teatro pekinés; en otro se puede seguir la manera con la cual pudo surgir, en la imaginación del artista, el cuadro de los pescadores de algas. Pero varios de esos dibujos y de sus cuadros han sido pintados sin la ayuda de croquis suplementarios. Y la mayor parte de ellos,

tampoco serán utilizados. El artista los hizo para «absorber las cosas», para «absorber la vida», como se complace en repetir a menudo.

Lo que más le atrae en la naturaleza, es la humanidad que vive en ella; y en esa humanidad, los arquetipos, los movimientos y el dinamismo de los cuerpos. En sus cuadernos de apuntes, no se encuentra casi el paisaje; y cuando existe, es muy sumario, expresando, sobre todo, ciertos aspectos de la naturaleza, transformada por el hombre: la gran muralla china, trepándose a los cerros y las pequeñas aldeas con las chozas de techos de paja, acostadas a la falda de algún collado. Nunca monumentos ni obras de arte. Algunos objetos familiares bastan para satisfacer sus gustos y sus exigencias pictóricas. Como revancha a esas limitaciones, gran profusión de hombres y mujeres: figuras, siluetas, gestos y actitudes expresivas.

Se pueden ver chinos obesos, adiposos como



ALEJANDRO JACOVLEFF. — (Japón) «Luchadores»
En el medio: el Arbitro

es propio a gente que llegó a la cúspide de la riqueza, del confort doméstico y a la alta situación social; otros, delgados, menos nutridos y de una profesión más modesta; éstos asombrosamente finos y sagaces, mientras aquellos perfectamente estúpidos. Al contemplar esos bocetos y esquices, el más rutinario de los europeos comprenderá como los componentes de la raza amarilla difieren totalmente entre ellos, y es absurdo creer, como mucha gente de Occidente, que esos cuatrocientos millones de hombres son todos de un solo tipo.

En nada se asemejan a ese tripudo comerciante, esa modesta ama (sirvienta) y ese conductor del liviano cochecillo. Cuando el croquis es más trabajado, convirtiéndose en un pequeño retrato, es alrededor de los ojos que se organiza el rostro: es por ellos que recibe todo su valor intrínseco y expresivo;

Se complace principalmente en la contemplación de las escenas callejeras. ¡Cómo el abigarramiento y el hervidero de colores habrán hecho centellear sus ojos de mirada irónica! Rápidamente apunta un puesto de fruta, una cocina ambulante. Dibuja *sampanes*—embarcaciones—*juncos*—especie de canoa con velas semejantes a las alas de un murciélago y tiene en sus trazos los movimientos de los marineros.

Pero lo que más le atrae es el elemento pintoresco del teatro chino, con sus actores, actrices, músicos y la muchedumbre de sus espectadores. Los croquis de actores y comediantes, es lo mejor logrado: disfrazados o enmascarados—ciertas máscaras son demoníacas, terribles en su irrealidad—las cejas oblicuas acentuadas, a veces, una larga y rala barba pende del mentón y de las orejas, poblando de pelambre el labio superior; la cabeza tocada de una diadema movable, engarzada de perlas y trozos de vidrio destellantes; los cuerpos envueltos en suntuosa sedería, bordada de dragones y de caracteres de feliz augurio. He ahí el espectáculo que se le ofrecía a sus ojos en todo su esplendor asiático. En uno de esos croquis, retratando la farándula chinesca, con la sola oposición de tonalidades blancas, grises y negras, se perciben los colores del ropaje suntuario. Todos esos tipos chinos son dibujados con verba vivaz, de un humor indecible; pero sin que haya en ellos el ánimo de una agria mordacidad. Jacovleff no se parece a ciertos europeos, quienes creen en el deber de encontrar los amarillos ridículos. Al contrario, reserva, a su vez, toda la ironía para los blancos que halla a su paso en el Extremo Oriente. Esos danzarines de fox-trott, observados en el *Carlton* de Shangay cerrando contra su pecho una diminuta mujer-muñeca con gran descote; esos cantadores de café-concierto que se pavonean en Pekin; ese diplomático del insolente monóculo, son todas ellas excelentes caricaturas.

En Mongolia, Jacovleff dibuja sus habitantes, sorprendiéndolos en la intimidad de su vida cotidiana. Allí encuentra en su nido a esos sacerdotes representantes de un budismo deformado, volviéndolos a ver en su magnífico templo de Pekin; y allí anota su aspecto extraño, la testa rapada de unos y las altas mitras en forma de cascos de otros. Algunos de esos croquis, rápidamente coloreados, exhiben algunos músicos lamas, con la cabeza desnuda o cubierta con un pequeño sombrero cónico, soplando con atenta gravedad en sus flautas o en sus *biskur* o dejando errar los dedos, a la merced del hábito sobre las cuerdas de la guitarra, o tirando el arco sobre el puente de un pequeño violón.

En Mongolia dibujó algunos animales, búfalos, al costado de coches que arrastraban, o en color, camellos, barcinos, irguiéndose sobre el tono verde de un horizonte muy bajo; o un ciervo en reposo, con uno de sus cuernos rotos, que yace con cierta gracia ininteligente y casi aristocrática.

También estuvo en el Japón. Es verdaderamente una gran alegría para un artista que se apasiona por observar las formas y los movimientos de los cuerpos, así como la originalidad de los gestos tradicionales, debido a la influencia de una civilización antigua y lejana, hallarse en un país como éste.

Por lo pronto, según constatará un japonés, el «desnudo, viéndolo siempre, nunca es mirado», o contemplado con detención.

Pero esto para un artista debe ser una excepción a la regla, si además se trata precisamente de un artista europeo. Los japoneses ignoraron por mucho tiempo, y más en el campo y en las islas alejadas—ciertos aspectos del pudor occidental, y también nuestra impudicia. En la isla Oshima, Jacovleff vivió entre los pescadores desnudos. Siendo un gran curioso de la anatomía humana, los dibujó con mano alerta y mente atenta, en el moverse de sus actitudes, gestos y ademanes propios de su oficio.

En Yokohama, en Tokio y en sus alrededores—el artista no tuvo la ocasión de vivir en la exquisita Tioto—que croquis interesantes hubo de hacer. Los rostros son tan diversos,

variados y diferentes, que es un muestrario de caracteres, donde alternan los de finuras aristocráticas; otros perfectamente vulgares y muchos grotescos, trágicos en su fría impassibilidad, pero casi ninguno ridículo, con la ridiculez occidental. Japoneses y niponas se duermen fácilmente en los ferrocarriles, lo que siempre resulta una feliz coyuntura para que el artista se abandone a su favorita inclinación, sin ser tachado de indiscreto. En esos carnets y cuadernos, cuántos durmientes de ambos sexos! Hasta se percibe el dondoleo de las cabezas: es decir, el cabecear de adormecidos y adormecidas.

De ahí que no se acuerdan de las prohibiciones, fijadas en los tranvías de Tokio: «No se permite roncar».

Jacovleff anota, además, todos los detalles de la vida japonesa y los gestos ejecutados por el impulso automático de costumbres curiosas. Los croquis más interesantes son probablemente los que sorprenden los movimientos de los esgrimistas y de los luchadores. La esgrima de sable es un ejercicio altamente apreciable entre

Los japoneses adoran, además, el teatro. La aristocracia y los hombres cultos, se interesan particularmente en los dramas líricos de origen religioso (*kelnos*) y las pequeñas comedias que los acompañan (las *kyogen*). Jacovleff desgraciadamente no tuvo ocasión de estudiar el *no*, (*drama o tragedia*), ese arte de una originalidad y de una profundidad admirable, que apasiona a los conocedores. Dibujó solamente algunos actores del *kyogen*: guerrero con vestido antiguo, que lleva una espada en una mano y un abanico en la otra. Según el modelo, adoptado en el medio evo, el pantalón es tan largo que arrastra como si fuese la cola de una munda mientras que el pie se halla a la altura de la rodillera.

Pero en cambio, Jacovleff frecuentó mucho los teatros populares, así como el teatro imperial de Tokio. Reprodujo en sus cuadernos los atavíos de los actores, correspondientes a la época donde transcurre la acción de la pieza, magníficos guerreros con casco y coraza; mujeres de abundantes cabelleras; campesinos envueltos en capas de paja tejida para protegerse de la lluvia, cargando una bolsa con la cabeza cubierta por el sombrero cónico de paja. Se hallan anotados sus gestos y sus expresiones. Los guerreros conversan arrodillados o cambian formidables golpes de espada; a veces sus ojos semicerrados y la mueca de su boca quieren expresar la cólera, buscando inspirar pavor. Los sacerdotes ejecutan gestos rituales. Las mujeres intentan disimular sus emociones, o al contrario, las gritan, las aullan, quedándose con la boca abierta. Este teatro es eminentemente realista; no vacila en representar escenas íntimas, de tortura, de muerte, de suicidio. Jacovleff anota las diversas fases de *karakiri*. Fué siempre la forma honorable del suicidio: consiste, como ya se sabe, en matarse

abriéndose el vientre. Tampoco se olvida de dibujar el personaje que se llama *sombra*: es un actor que se ha de auxiliar, vestido y encapuchado de negro, considerándolo invisible para los espectadores, que alcanza al personaje principal de la pieza ciertos objetos accesorios, o le aproxima a la extremidad de una larga vara, una candela encendida a fin de que le ilumine el rostro y para que los espectadores no pierdan ningún detalle de su juego escénico.

Después de haber abandonado el Japón, el artista no hizo más apuntes en sus cuadernos que algunas escenas observadas a bordo del barco en que viajaba. Por ejemplo, pasajeros indígenas durmiendo la siesta sobre el entrepuente, aplastados por el calor, durante la travesía en los mares de la India.

Los conocedores de las estampas japonesas, gustarán comparar los croquis del pintor ruso con los grabados contenidos en el album (*Mangwa*) de Hokusai. Y de buen talante aplicarán la fórmula que ese gran artista, escribía acerca de sus propios dibujos: «Me percibo que mis personajes parecen huir del papel en que se hallan fijados. Pero felizmente el impresor, para que no lo hicieran, les cercenó los nervios».

Una curiosidad simpática para las razas que viven en un extremo opuesto al nuestro, conduciendo una vida totalmente diferente a la nuestra; la pasión por lo pintorescamente exótico; una visión nítida aguda de las formas plásticas y de los cuerpos en movimiento; un dibujo ágil, vivo, nervioso, interpretando maravillosamente las expresiones, los gestos, los movimientos humanos; un arte sincero directo y seguro, son las cualidades capitales que convendría admirar en los croquis de Jacovleff.

F. CH.

PERVERSIONES SEXUALES

Pretensión muy grande sería asegurar que hay un límite preciso que separa lo normal de lo anormal. La Biología no se ciñe a principios matemáticos y por eso mal podemos llamar degenerados a quienes llevan como una cruz la deformación de ciertos atributos del hombre. ¿Si nos quedamos perplejos e impotentes al tratar de precisar la división entre plantas y animales (1) podemos asegurar—acaso—en forma terminante cuando un hombre o una mujer sufren de perversión sexual en la realización del acto genésico? Seguramente, no, ya que el único principio a que podemos atenernos para considerar sexualmente normal un ser, es que realice el coito teniendo como finalidad la conservación de la especie. ¿Y quién puede afirmar que cada vez que ha coabitado lo ha hecho con el fin de reproducirse? ¿Y quién puede decir que no presenta alguna de las persiones sexuales que hemos estudiado (2) y estudiaremos ahora aunque sea en una forma incompleta o apenas esbozada? La normalidad no es sino una graduación de la anormalidad, tal como el frío no es sino una graduación del calor.

Todos los que nos hemos excitado con una mujer sabemos que no necesitamos ver o representárnosla desnuda o pensar en sus órganos sexuales para desearla; basta muchas veces ver una pantorrilla nerviosa y ágil, oler un pañuelo con un perfume por ella usado, divisar la penumbra de la axila aterciopelada o recordar el corte atrevido de una melena garçon para que nos sintamos poseídos por el deseo. Por todos los caminos se llega a Roma, así como por todos los sentidos nos deslizamos hacia el placer sexual. Esto somos los que presumimos de normales.

Sin embargo, hay personas a las cuales no sólo se les produce erección sino que llegan al espasmo

(1) Las plantas carnívoras cazan, digieren y asimilan a pequeños animales (ratas, insectos), tal como lo hace cualquier animal carnívoro; y los jugos digestivos de estas plantas son muy semejantes a los jugos digestivos del hombre.

(2) Véase el N.º 125 de «Claridad» (Septiembre de 1924). Todo el que haya escrito en algún periódico sabe que el linógrafo «se traga» líneas enteras, sobre todo cuando los autores, tal como a mí me pasa, no copian en limpio los originales y tienen una letra endiablada. Debido a esto aparece un error en la página 15, tercera columna, línea 16. Dice: «ligándoles el paquete vascular que vá al testículo. Decía en el original y debe decir: «ligándoles el cordón espermático cerca del epidídimo y respetando al paquete vascular que vá al testículo».

con sólo recordar, ver, palpar, u oler una parte de sér amado o un objeto por ella usado, sin desearla a ella misma y sin juntarse para eyacular el sémen. Al objeto que motiva este acto sexual tan extraordinario se le llama *fetiché* y a la perversión misma *fetichismo*.

Conocido es el caso relatado por Mirbeau en las «Memorias de una doncella» en que un viejo paga a una joven para que le permita acariciar su pene y besar su botina, bastándole este acto para ser presa del orgasmo venéreo, a tal extremo que un día fué encontrado muerto con la bota entre los labios y la ropa manchada de sémen. Sin necesidad de recurrir a la literatura ni a los textos de medicina legal podría citar varios ejemplos, tal como el de un compañero de la escuela—que hoy es un normal profesional muy honorable—el cual tenía a guisa de panoplia sobre su cama unos hermosos calzones de seda negra engarzados en dos medias color carne, ceñidas por sendas ligas celestes; él me relató que no podía tener un «coito normal» sin contemplar su escudo de armas, ya que cuando no lo tenía frente a sus ojos se sentía desarmado. Y con cierto rubor decía que seguramente aquello se debía a que la primera vez que se despertó al placer sexual masturbándose, fué un día que miraba balancearse insufladas por el viento ciertas prendas de vestir que en una cuerda tenía puestas a secar una lavandera de la casa vecina.

Hay otros fetichistas que se excitan y eyaculan viendo, tocando o acariciando ciertas partes del cuerpo de las mujeres, ya sean las piernas, los pechos o la cabellera. Y los hay también que tienen por fetiché la joroba o cualquier otra deformación ya sea un *coto* o un lunar gigantesco.

En los que presentan esta anormalidad, ella aparece en la pubertad (10 a 14 años) en formas diversas, observándose—a menudo—que el fetiché está relacionado con un objeto que se vió al iniciarse en el coito. Los sueños eróticos de estos seres son casi siempre con el fetiché. El fetichista absoluto sufre la erección y eyaculación con la sola presencia del fetiché, es lo que llamamos un hiperestésico. Cuando el fetichista no es hiperestésico (de sensibilidad exagerada) necesita masturbarse, pues la vista del fetiché no le basta para eyacular y consiguie con ello sólo la erección. Otros se frotan los



JACOVLEFF — (China) — «Estudio de cabeza»

los nipones. Los esgrimistas, con el rostro recubierto de una máscara y el pecho protegido por una especie de coraza, cambian golpes, empuñando largos sables y emitiendo gritos guturales. Se diría un combate de la edad media. El pueblo, por su parte, experimenta intensa pasión por la lucha. Estos luchadores forman una casta aparte y hereditaria. Son de una corpulencia enorme, comparados con la mayoría de los demás hombres. Sobre el occipucio se enrollan una corta coleta, como una vírgula y parecida a la de los toreros españoles. Luchan casi con todo el cuerpo desnudo, y son dirigidos por un árbitro, ataviado con un vestido tradicional, quien tiene en una de sus manos una pequeña pantalla. Todos los rasgos característicos son acentuados y revelados en esos volanderos croquis: sus testas macizas de brutos, el cuerpo bestial del monstruo humano, y, en sus ademanes profesionales de defensa y ataque. Se los contempla sentados, esperando turno, exhibiendo en su reposo las mamas adiposas, el vientre enorme y su dorso poderoso; en seguida inclinados en cuatro patas, enfrentándose; después doblados, apoyados en las manos, prestos a saltar en un cuerpo a cuerpo, en el que los músculos se extienden bajo la tirantez de la piel.

genitales con el fetiche para sentir el orgasmo venéreo.

El fetichista es casi siempre heterossexual, rara vez es homosexual. Los dos casos más extraordinarios de fetichismo que he conocido son los siguientes: Un acaudalado viejo en el cual las normas higiénicas llegaban a constituir una manía; pues—a veces—no comía pan porque se posaba en él una mosca después que lo había retirado del sobre en que—por especial encargo—lo compraba en una panadería donde se recibía el pan en sobre de papel, con cerradura hermética, al salir del horno para tan higiénico cliente. Además de este escrupulo por los alimentos, llevaba siempre desinfectantes en los bolsillos para tocarlos cada vez que se veía obligado a dar la mano sin guantes. Este puritano higienista vagaba en las noches por las orillas del Mapocho en busca de "corteras" o "maracas" y conducía a la elegida a uno de los hotelillos de la vecindad. Se desnudaba lentamente ante la perpleja mujer sin permitirle a ella quitarse sus desaseadas vestiduras. Luego la sentaba en la cama y con toda fruición, suavemente, con los ojos entornados, le quitaba un zapato y la media mal oliente. En presencia del pie desnudo y sucio era presa de un febril temblor, y con furia de adolescente, en un verdadero acceso vesánico, lamía entre los dedos el pie de la cortera, llegando en ese momento a tener una eyaculación espontánea o masturbándose cuando la excitación no había sido suficiente. Terminado su acto genésico pagaba con exeso a la mujer, se vestía apresuradamente y se retiraba con toda pulcritud, pero sin lavarse siquiera la boca por la cual sólo permitía el paso de alimentos esterilizados.

En el segundo caso se trataba de un muchacho muy culto, quien, para realizar su acto, se introducía furtivamente al cuarto de la cocinera, apenas ésta se levantaba, y sumergía la cara entre las sábanas impregnadas de sudor fermentado y grasa mal oliente. Con sólo esto sentía erección y se revolcaba por el suelo al venirle la eyaculación. Cuando el olor no era bastante agudo como para hacer venir la eyaculación, gargarizaba con los orines de la maritornes para conseguir el espasmo. Rara vez necesitaba masturbarse para obtener el placer completo. No seguiré citando casos de fetichismo para no cansar al lector.

¿Qué enamorado no ha sentido cierto placer al brutalizar un poco a su amante antes del coito, tal como lo hace el conejo o el burro? Quien puede darse la satisfacción de observar oculto y friamente a dos seres en plena pasión, notará que el amor se manifiesta como una verdadera lucha al poseer el macho a la hembra: los brazos crujen en el abrazo, los dedos se hundén cruelmente en la carne y las bocas tienen la mueca del mordisco al unirse en pleno espasmo. El hombre tortura a la mujer y siente un placer en ello, el cual llega al máximo a la vista de la sangre. Los que se precian de civilizados y repudian esta conducta son a veces más agudos en su crueldad, pues se preocupan de producirle dolores morales a sus amadas para luego deleitarse con la reconciliación. Y parece que esto fuera necesario para que una pasión amorosa perdure, pues después de cada riña se experimenta la embriaguez del triunfo y se llega junto a la amada como ante una mujer nueva. Y bien dijo Quevedo al afirmar que "el hombre goza más que con la posesión de la mujer, con el trabajo de conseguirla".

Cuando se obtiene la satisfacción sexual martirizando a la mujer se habla de *sadismo*, porque fué el marqués de Sade el apologista de esta perversión genésica. El sadismo nace borrosamente en la normalidad para alcanzar los grados máximos de la monstruosidad. Nerón se excitaba en presencia de las carnicerías del circo romano, así como Carlos el Malo. Rey de Navarra, necesitaba ver el coito de una pareja joven a la cual asesinaba de una puñalada para luego poseer a una prostituta en presencia de los cadáveres bañados en sangre. De estos casos de degeneración llegamos a través de una rica gama hasta el caso de algunas personas que gozan flagelando a los niños con pretextos educacionales. Por eso, para mejor comprensión se habla de gran sadismo en los primeros casos y de pequeño sadismo en el segundo.

Los grandes sadistas matan a su víctima para poder sentir un placer sexual completo, produciéndose a la vista del apuñalado o extrangulado el orgasmo venéreo, o bien, necesitando masturbarse inmediatamente o introducir el miembro viril en el sexo del sér sacrificado o en una de las heridas del cadáver.

Mi padre fué constructor de ferrocarriles y me relataba que—durante todo el tiempo en que hizo el ferrocarril de Serena a Rivadavia—encontraron en el lecho del río Elqui, cadáveres de "carilinos", los cuales presentaban multitud de heridas y los órganos genitales mutilados. En una ocasión fué hallada una mujer muerta con más de 40 puñaladas, con los pechos destrozados a mordiscos y con la vulva puesta a guisa de bigotes y barba, ro-

deando la boca. Se trataba—seguramente—de algún gran sádico de esa región que jamás fué habido.

El pequeño sadismo es muy común. Yo jamás olvidaré a una muchacha que siempre se había resistido a mis caricias, a pesar de profesarme cierta simpatía. En una ocasión me herí el labio inferior estando ella a mi lado; al ver la sangre en mi boca, se levantó silenciosamente, me miró con fijeza con sus grandes y brillantes ojos azules y, en un verdadero ímpetu, me besó, haciendo una verdadera succión de mis labios, mientras desfallecía temblorosa enlazada en mis brazos. Después supe que todavía era virgen.

En el pequeño sadismo está clasificado este caso en que al sujeto halla su excitación genésica en presencia de pequeña cantidad de sangre, y se les llama por esto *sanguinarios*, para diferenciarlos de los *flageladores*, los cuales para obtener su objeto necesitan pinchar o cortar a su víctima. Estos flageladores forman a veces legiones y así parece que hay un verdadero contagio colectivo después de las grandes hecatombes humanas. A raíz de la gran guerra, se vió en las capitales europeas a multitud de personas de todas las esferas sociales que gozaban pinchando a sus vecinos en las grandes aglomeraciones. Aquí en Chile es muy común el caso de los hombres que pellizcan las nalgas y el monte de Venus a las mujeres durante los mítines o las procesiones o en cualquier acontecimiento que reuna a muchas personas en un mismo sitio.

Hay—por último—un sadismo simbólico en que el sadista llena de injurias a la mujer antes del coito, o bien la orina, la defeca o la amenaza. El marqués de Sade practicaba muy a menudo este simbolismo.

Terminaremos—próximamente—tratando el masochismo, la bestialidad y la masturbación.

J. GANDULFO.

VIDRIERA

Río revuelto.—

El epistolario de Pablo de Rokha, etc., de Pablo de Rokha, señor, del hombre que no "dobla el espasmo, ni dice adulaciones". Punto aparte.

¿Se había visto entre los artistas una actitud como la con que se arquean en la página de arte de "La Nación" ante Su Excelencia? Punto seguido. Cuentan que Su Excelencia, entre comillas, dijo: "Ah! Estos cubistas, son muy simpáticos: dos puntos; y aquí están con sus cosas".

Aparte.

Aquí hasta los artistas quieren comer. Entonces le escriben a Su Excelencia. También es cierto que Jean Emar es Secretario de la Legación de Chile en Francia; escribe sobre el cine, cartas a Alessandri, creo que pinta y demás. Pablo de Rokha no pinta, pero se fija mucho.

Total: 32 dientes.

Entre tanto los artistas—los otros—siguen viviendo como acostumbran, muriéndose también. No han adulado a Su Excelencia aún, y se agarran nuevamente a su mala suerte.

Asterisco

No es que se quiera negar el talento de alguno de los artistas de "la página de Arte". Pero es que han dado en "asombrar" a este pobre circo de artistas recibidos en el Bellas Artes y eso no tiene por qué ser así. ¿Para qué?

Ahora si se añade un hilito entre la obra de ellos a la de la Página de Arte, habría que aflojar cualquiera de los extremos.

Primero. Uno que—a lo pobre—conoce también las pinturas y pintores que les han influenciado hasta el dedo menor de la mano izquierda, tiene que pensar en que existe un afán artificioso, criollo, empecinado en mostrarse novedosamente para crear también discípulos.

Ultimo. La propaganda que hacen al arte es bien intencionada a veces, y a veces bien intencionada. Por ejemplo: Decir de Tótila Albert cuatro sabidurías que siempre estuvieron de más, sobre escultura y otras cosas; asombrar a los que en Chile hacen rapas a compás o echan agua en los colores; pintar—vgr.: Sara Malvar—con las mismas líneas y volúmenes que Picasso acaba de esconder detrás de su última evolución; hacer un poco de prosa de agitador—vgr.: Jean Emar—; saludar a Vicente Huidobro—poeta, sin duda, que viajó por Europa como ellos para volver a Chile a decir cuatro o veinte tonterías sin ponderación sobre arte y..... sobre la cuestión social—y beber cerveza o café—según.

En cuanto a todos ellos, habría que escarmenar con un poco de atención. Entonces uno podría decir seguramente: Vargas Rozas, Julio Ortiz de Zárate, Perotti, la Petit,—seulment—hacen obra valiosa, son grandes pintores y no buscan la novedad en el arte más que para afirmar su propio temperamento.

Piedras.—

Vicente Huidobro ha vuelto. Caudillo del creacionismo—¿qué es el creacionismo?—dicen que ha mantenido una actitud de renovación en Europa. Su estética, demasiada estudiada, falsa en sus principios, uno la encuentra en los poetas griegos, por ejemplo. No había para qué decirlo. El creacionismo, por eso de tener letrero, ya es lo mismo que decir limitación. Huidobro es un poeta, simplemente un poeta que se acostumbó en un camino que es su manera de hacer arte, como Darío se acostumbó a versificar a su manera, también, o como cualquier poeta que marca su personalidad con precisión y distintamente. El creacionismo es artificio, como el cubismo o todo eso que tiene nombres parecidos. Además, dentro del arte actual, su tendencia es reaccionaria; fatalmente reaccionaria. De nada le defienden sus teorías sobre la poesía moderna: son razonable y exactas. Tal vez su obra guarde relación con su teoría. Pero hay que explicar las "manías" de la técnica y ahí es sin ninguna exactitud, falso y simplista cuando no falso. Después quiere en Chile civilizar al pueblo. ¿Qué idea tiene del pueblo?

Y escribe un manifiesto. Ignorancia, reaccionismo; aristocratismo; falsedad, petulante afán; silabario para el siglo X, tal vez. Ahí dice tanta barbaridad sobre las cuestiones sociales que uno llega a pensar en que Vicente Huidobro, hombre de talento, quiere reirse de estos *Pobres obreros chilenos*.

GERMÁN AVILA.

NOTAS

Recuerdo de Romeo Murga.—

¿Para qué decir media docena de palabras tristes detrás de la muerte de este dulce sucesor de Santillana y Juan Ramón Jiménez?

El *casabel* de las voces dichas en la tumba no pueden volar tanto que lo alcancen ya.

Bien se pudiera decir que fué un excelente compañero, uno de los buenos colaboradores de "Claridad", que, además, era profesor, y así una serie de elogios inútiles y 3 o 4 cosas íntimas alrededor de su recuerdo.

Bien se pudieran decir tantas cosas buenas tras este amigo ROMEO MURGA, que murió el 18 de Mayo de tuberculosis—enfermedad fatal para los artistas.

Pero NOSOTROS sólo queremos guardarnos esas palabras tristes en el rincón donde apoya sus raíces el recuerdo *perenne!*

Plaza Olmedo y Manuel Márquez.—

Ayer solamente, era Manuel Márquez quien abandonaba la vida. Aquel profesor expulsado de su puesto porque el Gobierno no quiere que ellos sean maestros sino sirvientes del Estado. (Palabras de Alessandri a los profesores).

Ahora es Plaza Olmedo a quien de repente se le encuentra muerto. Los periódicos burgueses explotan la situación haciendo preguntas: ¿se suicidó? ¿lo mataron? Nosotros no tenemos necesidad de preguntarnos nada, pero sabemos que es una víctima más de esta sociedad que mata y asesina de todos los modos imaginables.

Sin la superstición absurda del católico idiota, es necesario saludar la memoria digna de estos compañeros nuestros que así nos abandonan.

X.

POEMA VIEJO

Dispersas con tu canto las nubes del crepúsculo. Las cornetas del viento, al oírte, callaron sus voces. Las golondrinas inmóviles entornaron los ojos. La tarde se tornó pálida como las vírgenes.

Con la plegaria de tu alma
Haces temblar lo que no existe.
Construyes con fibras de mi vida.
Eres, lo que he sido siempre.

Callando eres triste.
Alegre, cuando del mundo flores mustias deshojas.

Las cruces melancólicas de las iglesias te
[ensombrecen
Y tu cuerpo y tu vida de nostalgias arrebujas.

Y lentas siguieron las nubes y las golondrinas.

E R I C G O U Z Y

U L I S E S

Jaimes Joyce, novelista irlandés hace el espía despiadado de sí mismo y de su parte de tiempo que le cupo vivir. Más allá de toda tentativa escolástica, alejado de teorías impresionantes también su arte prevalece sobre el exaltado individualismo contemporáneo con la exactitud de las expediciones afortunadas. Ni más que otro ilustre escritor, ni casi lo mismo que el autor de obras maestras que todos conocemos en el colmo de su elogio permanece, conductor sin bandera, situado en su propia expresión, Jaimes Joyce ha desaparecido la puntuación en sus escritos. El punto aparte es como un buque en el horizonte, pequeño día Domingo después de las palabras fatigosas pero este hombre tesonero dueño de muchos secretos, de espaldas a la pedagogía sólo aprieta entre intervalos contiguos su vida acibillada de espectáculos.

TOMÁS LAGO.

...usaré una rosa blanca o esas masas divinas de lo de Lipton me gusta el olor de una tienda rica salen a siete y medio la libra o esas otras que traen cerezas adentro y con azúcar rosadita que salen a once el par de libras claro una linda planta para poner en medio de la mesa yo puedo conseguirla barata dónde las vi hace poco soy loca por las flores yo tendría nadando en rosas toda la casa Dios del Cielo no hay como la naturaleza las montañas después el mar y las olas que se vienen encima después el campo lindísimo con maizales trigales y toda clase de cosas y el ganado pastando te alegraría el corazón ver ríos y bañados y flores con cuanta forma Dios creó y olores y colores saltando hasta de los charcos y los que dicen que no hay Dios me importa un pito lo que saben por qué no van y crean algo yo siempre le decía libre-pensadores o como quieran llamarse que se quiten las telarañas después piden berreando un cura al morir y a qué santos es porque temen el infierno por su mala conciencia sí ya los conozco bien cual fué la primer persona en el universo antes que hubiera alguien que lo hizo todo ah eso no lo saben ni yo tampoco están embromados éso es como atajarlo al sol de salir Para vos brilla el sol me dijo el día que estábamos tirados en el pasto de traje gris y de sombrero de paja cuando yo lo hice declararse me sí primero le di a comer de mi boca el trozito de tortas con almendras y era año bisesto como éste sí ya pasaron 16 años Dios

mío después de ese largo beso casi pierdo el aliento sí me dijo que yo era una flor serrana sí somos flores todo el cuerpo de una mujer sí por una vez estuvo en lo cierto y para vos hoy brilla el sol sí por eso me gustó pues vi que él comprendía lo que es una mujer y yo sabía que lograría engatusarlo siempre y le di todo el gusto que pude llevándolo despacito hasta que me pidió que le contestara que sí y yo no quise contestarle en seguida sólo mirando el mar y el cielo pensando en tantas cosas que él no sabía de fulano y zutano y de papá y de Ester y del capitán y de los marineros en el muelle a los brincos y el centinela frente a la casa del gobernador con la cosa en el salacot pobre hombre medio achicharrado y las chicas españolas riéndose con sus mantones y peinas y los remates de mañana los griegos y los judíos y los árabes y hombres de todos los rincones de Europa y el mercado cloqueando y los pobres burritos cayéndose de sueño y los tipos cualquiera dormidos en la sombra de los portales y las ruedas grandotas de las carretas de bueyes y el castillo de miles de años sí y esos moros buenos mozos todos de blanco y con turbantes como reyes haciéndola sentar a uno en su tendencia y Ronda con las ventanas de las posadas ojos que atisban y una reja escondida para que bese los barrotes su novio y los bodegones a medio abrir toda la noche y las castañuelas y aquella noche en Algeciras cuando perdimos el vapor las castañuelas y el sereno pasando quietamente con su farol y Oh ese torrente atroz y de golpe Oh y el mar carmesí a veces como fuego y los ocasos brillantes y las higueras en la Alameda sí y las callecitas rarísimas y las casas rosadas y amarillas y azules y los rosales y jazmines y geranios y tunas y Gibraltar de jovencita cuando yo era una Flor de la Montaña sí cuando me ató la rosa en el pelo como las chicas andaluzas o me pondré una colorada sí y como me besó junto al paredón moriseo y pensé lo mismo me da él que otro cualquiera y entonces le pedí con los ojos que me pidiera otra vez y entonces me pidió si quería sí para decirle sí mi flor serrana y primero lo abracé sí y encima mío lo agaché para que sintiera mis pechos toda fragancia sí y su corazón como enloquecido y sí yo dije sí quiero Sí.

JAIME JOYCE

versión de J. L. B.

faroles en el horizonte

MIRADOR

allí están aún las montañas dueñas de la tierra y aveces asoman la cabeza sobre el cielo por el camino donde sólo andan las nubes hasta se atreven a atajar al viento 30 metros más arriba de nuestros brazos viven eternamente en fiesta con los pájaros y las nubes que llenan de banderas el horizonte

de repente en el medio de un prado un roble anciano divide el panorama y sigue viaje hacia el cielo este árbol sin duda vió correr las flechas de los indios

AFICHE de los campos los pájaros de la ANGUSTIA brotan de los parajes donde el fuego esquiló la maraña alguien les robó el follaje y los hizo hermanos de los templos en ruinas los robles solitarios abren los brazos y lle-

nan de cruces el campo también estiran las manos pidiendo una limosna a los viajeros extraviados en cambio de mostrarles el camino aveces pájaros verdes agujerean su dolor con cantos y traen la noticia que en los golfos del SUR aún hay un estuche de selvas sin abrir y pobladas de ídolos desconocidos después pasan y dejan caer sus gritos hacia el mar

AFICHE

veo 2 ciudades 2 hermanas que se invitan a un abrazo y se acerca cada día

la PRIMERA íntima como las aldeas como un juguete de la infancia pero llena de novedades que nos saludan al dar vuelta una esquina nos hacen señas desde una vitrina o en el estuche de faroles de la plaza de armas se pasea a la orilla de sus cerros a veces sube o baja jun-

to al río que pasa acarreado pequeñas islas hacia el mar

desde una alta montaña se nos cuelga a los ojos toda la luz del panorama

la OTRA recostada junto al mar la enseña del océano pone un espejo al frente desde allí acerca y retira las embarcaciones una infinidad de barquichuelos escriben frente a la playa mientras 2 o 3 grandes barcos hilvanan en sus proas sueños de ciudades lejanas que acaso no volverán a ver

los domingos de los pasantes es un traje de color que solo se pone cuando no llueve

allí están las 2 ciudades sentadas a la caída de la tarde dándose la mano mientras «SAN VICENTE» y otros hijitos juegan en la playa recogiendo olas verdes y pequeñas embarcaciones pescadoras

UNA CIUDAD

ciudad que apenas empieza a salir de la infancia se quedó allá atrás soñando entre un río y una montaña

desde aquí está llena de niebla como los recuerdos que se nos escapan y como aquellas personas que se van

sin embargo desde un rincón de ese recuerdo de niebla ALGO estira los brazos haciendo señas como un barco naufragante algo grita para atravesar el olvido esto es seguramente la adolescencia que huye como las colinas cuando pasamos en el tren

el recuerdo se inclina de bajo de la niebla sauces de bruma y crepúsculo acarrear el otoño sobre el panorama

sin embargo ALGO vino detrás de las estrellas un farol obtinado chispea y hace señas aún

y es que acaso mientras los cuerpos se nieblan y ALGUIEN les pone humo delante de nuestros ojos un acento de angustia nos sigue y nos hace voltear la mirada desde todas partes.....

LEMNA

la mirada eterna de las estatuas que se pasean por los jardines en el crepúsculo faroles en el mar escribiendo el peligro reflector mágico y corredizo todo eso eres LEMNA desde aquel parque donde las noches descendían con las alas aromadas sobre nuestros corazones sorprendidos donde 6 estrellas cruzaban la noche y escribían palabras de amor que no comprendiste DESPUES aquella casa llena de galerías y vidrios cruzados de astros en viaje donde tú hilvanaste de música mi partida AHORA llenas de miradas aquel pueblo desde donde los años descenden sobre mi alma

delante de mi una enredadera aún sujeta el sol y un farol sobre el horizonte—tu LEMNA—pinta una sonrisa sobre el atardecer tal vez el día me viene desde tus ojos mi alma ya no sabía como sujetar la luz y la proa de mis años se cansa cada día

dibujo este canto para tí y tu retrato ausente va llenándolo todo como la mirada eterna de las estatuas en los jardines

he aquí que ahora subes sobre la noche y cantas sobre mi corazón...!

1925 GERARDO SEGUEL

SASTRERIA CHILE

SAN PABLO 1139 - SANTIAGO

Casimires nacionales y extranjeros - Materiales de primera - Precios económicos - Recibo hechuras.

Alejandro Cepeda

POEMA DE RUBEN AZOCAR

Rumor de la resaca. Viento que ahuyenta mis voces
Ruinas llenas de sombras. Torreones sin pájaros
y al poniente las carpas gitanas de la tarde.

Detrás de las vidrieras mi abandono se puebla de imágenes.
Pero en tus ojos vagabundos, juguetería de colores,
el carrusel de la primavera da vueltas y hace música.

Es el tiempo de las lluvias, molino de paisajes despintados.
Lloro y canto. Alegría definitiva. Ah nada puede contenerla
y rebalsa en tus brazos como el mar en las playas.

Surco recién arado húmedo aún de crepúsculo.
Campana suspendida de tus ojos llenos de pájaros

Ataría mis voces como cordeles infinitos
a tus fanales iluminados. Lejanía, no existes.

Toda la noche caerá la soledad sobre mi alma.

He ahí mis palabras, molino vagabundo,
columpio de aguas azules, espejo de Otoños amarillos.

Al otro lado del mar pliegan las velas del crepúsculo.
Como una plaza solitaria mi soledad está anocheciéndose.

La marea implacable golpea a mi congoja,
recinto de pájaros tristes: he ahí cómo huyen.

Viajero taciturno,
dulces caminos de la tierra,
ceñidos a mi cuerpo como un cinturón ebrio.

Para qué decir las palabras de las ausencias,
canciones de humo, abandonados cantos de olvido.

Quién empuja los astros, quién deshoja las constelaciones;
dónde sujetan los paisajes y cortan las amarras al viento.
Ah. Vastedad horrible. Soledad inconclusa.
Quién cantará mis palabras de júbilo.

Himno de estrellas, surtidor bajo la noche,
carrusel envejecido, mi corazón está triste.

AMETRALLADORA

Perdidos en un barrio pobre de París, un grupo de chilenos hace lo imposible por mantener en alto su puñado de ideales: Alberto Ried, Laureano Guevara, Isaías Cabezón. La vuelta a Chile es inminente por falta de ayuda material con que continuar sus estudios de arte. es decir, la heroicidad de una vida de estudioso. Ried esclama con amargura en su carta: No somos militares, que se le va a hacer!

De este último es la composición: Ametralladora, versión en verso del trabajo en prosa, original del escritor ruso actual Victor Serge y que Ried envía especialmente para la propaganda libertaria de "Claridad".

(Versión en verso de un trabajo en prosa del escritor ruso actual Victor Serge, Leningrad 1919).

En las puertas de las casas,
en las puertas de un palacio
conquistado por nosotros;
por las calles y las plazas
donde fría se eterniza la revuelta,
por doquiera allá en las puertas
de las casas que habitamos,
en los tétricos rincones,
la cobarde maquinaria
ya se esconde.
Y seduce así a la muerte!
Triste, fría, ciega; baja,
ciega y fría,
se agazapa al raz del suelo,
y es de hierro,
y es de acero,
y forjada en el metal,
de un gran odio elemental.
Con sus dientes acerados,
y con hambre de morder.

Tiene ruedas y tornillos y resortes
de infernal relojería.
Oh! la trágica y helada maquinaria!
sobre el trípode de hierro!
Oh! la trágica y helada
que destruye los segundos
en las horas angustiosas y fatales
de la guerra y de las huelgas
y que roe como rata los instantes;
Tac, tac, tac; tac, tac, tac.,
Los segundos van cayendo al infinito
y las vidas ya sucumben
en el frío del sepulcro.
Es la máquina obediente
que devora y despedaza
y que escarba y que perfora
nuestras carnes;
y derrama nuestra sangre;
la que quebra nuestros huesos
y hace un canto que jadea
en los pechos ahuecados que traspasa.
Por las hondas quebraduras
de amplias frentes, filtra el seso
y es un gris entre la sangre ennegrecida
Achatada maquinaria de la muerte
escondida a raz del suelo
de estas casas que habitamos
o del vasto pavimento
de las plazas, donde fría, triste y fuerte,
se eterniza la revuelta.
Al acecho vas buscando cuanto crean
o levantan los humanos corazones
desde el fondo de la tierra palpitante.
Al acecho de la fe;

al acecho de esperanzas y de nías
de ambiciones y de luces
de fervores y plegarias,
y de todo cuanto ansía
florecer: Actos sueños, llamas, gritos!
La revuelta, la revuelta!!!!
Te aparragas y así impides
la eficacia del esfuerzo.
Maquinaria de la muerte en la emboscada!
La victoria de los hombres
sobre la ley del acero!
La victoria del metal
sobre la carne y los sueños
Ley de muerte!
Y esta máquina la han hecho
nuestra mente,
nuestras manos!
Oh Dios mío!
Comprendimos por ventura
lo que hicimos?

N O C H E

La noche de verano alarga
—sobre el biombo del cielo—
su cuello de garza
y pesca en el arroyo del silencio,
la concha de la luna sonrosada...

Te acercas más a mí. Te cubre entera
con su kimono de seda estrellada
la noche de los cuentos orientales.
Y, en tus ojos, la sombra se levanta
como el vaho del opio, en leve espira,
mientras la piel bañada
de tu cuerpo de lirio y de ciruela,
al aire del crepúsculo derrama
el fresco aroma de un campo de arroz
coronado de grullas y de garzas.

Como una rama de bambú
son quebradizas tus palabras.
Y como tus cabellos lacios
es el artificio de tu sencillez refinada.

Tus besos saben a té recién hecho.
bebido en dedales de porcelana,
y tienes la elegancia
de esos salones cuyo mobiliario
lo forman una rama
de crisantemos blancos, en el vaso del aire,
un jarrón de amapolas deshojadas
y ese pañuelo de seda azul
que la tarde, después de la lluvia,
pone a secar en las ventanas...

J A I M E T O R R E S B O D E T

C I U D A D

EL HOMBRE DE LOS GLOBOS

Las ciudades son grises,
pero grises del todo,
para que pueda verse
el hombre de los globos.

FOCOS

Un foco redondito,
blanco.
¡Nidillo luminoso
en las ramas de un árbol!

PIEDRA, MADERA, ASFALTÓ

Piedra, madera, asfalto
¡Si me enterrasen bajo el pavimento!

Piedra, madera, asfalto.
¡Y en una calle del centro!

Piedra, madera, asfalto.
Casi no estaría muerto.

F E R N A N D E Z M O R E N O

Angel Ganivet y España

Recientemente han sido trasladados a España los restos del gran pensador peninsular Angel Ganivet, que se suicidó hace algunos lustros en Riga. Con este motivo se ha hecho objeto de grandes homenajes la memoria de este alto liberal español.

En estos momentos en que las libertades se encuentran aherrojadas en aquel país—y otras democracias americanas—bajo el peso de una dictadura militar, las declaraciones que se han hecho en torno a los restos de Ganivet—una de las figuras intelectuales más valiosas de la raza—adquieren una gran importancia. No nos toca hacer previsiones; no nos interesa dilucidar si ellas tendrán efecto o no. Pero desde el fondo de nuestro pensamiento una voz de adhesión surge acompañando los anhelos de esa juventud que desea para España el renacimiento de las libertades y con ellas los progresos que la vida moderna acuerda a los pueblos dignos.

A continuación transcribimos algunos fragmentos de los discursos más interesantes que se pronunciaron en los actos efectuados en España con motivo de la inhumación de los restos de Ganivet.

Palabras del doctor Marañón

El doctor don Gregorio Marañón, una de las mentalidades más vigorosas de la España joven, se expresó más o menos en los siguientes términos: "Los pueblos que no luchan por la libertad están llamados a desaparecer por falta de significación en la Historia. Sólo los muertos dejan de luchar apasionadamente por la libertad; por eso son pueblos muertos los que renuncian a esa lucha.

Este fué el gran pensamiento de Ganivet. Sus dos grandes amores fueron España y la libertad. Su herencia la recibís vosotros íntegra, jóvenes escolares. Perdonadnos si nosotros no pudimos realizar la obra de hacer una España grande. Los hechos se opusieron a nuestro propósito. Hacedlo vosotros; que sea grande por la libertad, aunque tengáis que tallarla en vuestra propia carne dolorida. Luchad contra los dioses por la libertad. Esa es vuestra obra. Nosotros nos retiramos con la melancolía de no haberla podido realizar. Esa es la herencia que os dejamos, que si es triste por lo que significa de fracaso, se compensa con vuestra juventud y con el ideario de Ganivet, donde encontraréis estímulo y orientación.

No necesita Ganivet flestas aparatosas. Ganivet no disparaba cohetes llamativos, sino flechas silenciosas, y a veces sobre blancos remotos. El español culto que lea ahora por primera vez los libros de Ganivet, o el que los relea tras largos años de

olvido, tendrá la sorpresa de encontrar en ellos, no sólo las raíces, sino muchas flores abiertas de una parte importante de la producción intelectual contemporánea. En realidad, todos nosotros, los que cada cual en su jerarquía amasamos el pensamiento de las generaciones que nos siguen, si examinamos con atención nuestras propias ideas, las que más nuestras creemos, hallaremos a cada paso ésta y la otra, que llevan impresas una gravedad inconfundible y trágica o una gracia ligera, son gotas de la sangre de Ganivet, que a todos, hasta a los más humildes, nos alcanza.

Este triunfo a distancia y en parte anónimo y por lo tanto heroico es el máximo a que puede aspirar un espíritu humano, y no necesita de otra clase de festejos externos. Y puede asegurarse que nadie lo ha logrado en la medida que Ganivet entre los grande españoles de su generación y de su contextura: Costa y Giner, que están también muertos, y D. Miguel de Unamuno, al que se han llevado momentáneamente las olas de una tempestad, pero cuyo espíritu está, hoy más que nunca, entre nosotros.

Nadie lo ha logrado, repito, como Ganivet, porque contra los que proclaman que su obra se frustró trágicamente antes de madurar, yo afirmo que murió después de terminar por completo su misión en esta tierra, y son contados los hombres, aún entre los más grandes, de los que puede decirse otro tanto.

Precisamente la tragedia de muchas vidas excelentes es esta falta de paralelismo entre la evolución de la obra del espíritu y la propia evolución carnal. No basta, a veces, una existencia dilatada ni aún para empezar el ciclo de la gestación; y entonces vemos que hombres henchidos de potencia creadora se arrastran estérilmente durante toda su vida. Pero otras veces, en cambio, la obra recorre su ciclo de una manera ávida y perfecta, y lo termina cuando la madurez física está todavía por venir.

Que la memoria de Ganivet no sea, pues, motivo de alharacas retóricas, sino espejo de nuestras conciencias y punto de partida para nuestra acción. Si en estas horas en que todos estamos abrumados de la noble inquietud que dirige el pensamiento de nuestro amigo, y que él, antes que nadie, nos enseñó a sentir a los españoles de ahora; si en estas horas de inquietud pudiéramos interrogar a los labios mudos, que tantas veces gustaron de hacer el horóscopo de España, tal vez nos responderían: «Mi última lección, amigos míos, es esta aparición de mi espectro desde un cementerio olvidado y remoto, cuando nadie contaba ya conmigo; vengo a recordaros con mi presencia, después de treinta años, en los que la Historia ha pasado sobre el mundo como un huracán destructor, que no perdáis la fé; sólo subsiste por encima del tiempo y de la violencia la fuerza inmortal del pensamiento».

Palabras de Eugenio D'Ors

El conocido escritor Eugenio D'Ors (Xenius) pronunció un interesante discurso, del cual extractamos los acápites siguientes:

"Han pasado apenas dos meses—dijo—en que una buena mañana, llena de sol y alegría, templada y brillante, asistió todo Madrid a una manifestación

llena de colorido y de entusiasmo, organizada con motivo de una fiesta onomástica. Aquella manifestación era la manifestación de la conformidad española (1).

Hoy, bajo un cielo gris, triste, y una temperatura fría, se ha congregado también por las calles de Madrid otra manifestación, con un motivo bien distinto: ésta ha sido la manifestación de la no conformidad".

(Atronadores aplausos acogieron las palabras del orador).

"No quisiera—afirmó—que se interpretasen mal mis palabras. Ganivet era un gran rebelde, un formidable rebelde; pero por eso mismo, porque fué un espíritu independiente, que procuró afirmar su independencia por encima de todas las conveniencias de su época, no sería honesto que se pretendiese utilizar sus cenizas, ni aún su recuerdo, para exaltar una idea de partido. Ganivet era un temperamento típico, en relación con aquellos momentos en que se formó su inteligencia, y en que agonizaba el siglo XIX. Se formó en la intimidad de la Prensa y de los libros, y yo entiendo que ahora, en este momento, sólo debemos aquí hacer una brevísima revisión de su obra.

Ganivet era un españolista y un casticista. Creo equivocado intentar que su memoria sirva para otros fines. Quería que España fuera grande, que supiese emancipar su conciencia de las conveniencias de un Parlamento que cuando iniciaba su eficacia era clausurado, y de unas garantías que surprimían cuando eran más necesarias. Yo no canonizo esas ideas; pero Ganivet era así. No sería honesto ocultar esto en una fiesta como ésta. El siglo XX se caracterizó, por el contrario del siglo XIX, por la exaltación de la Marsellesa de la autoridad. Ganivet la cantó antes que nadie. Pero como la victoria de la autoridad no existe más que en aquel que hace algo, transforma, renueva o crea, donde esto no existe sólo queda la fuerza. Y ocurre que el que no hace cosas de las que pedía Ganivet, o de las que aún tenemos hambre nosotros, se queda con la fuerza, y fuerza sin autoridad es como un pellejo desinflado.

Hoy llegan los restos de Ganivet a la Universidad y todos nos sentimos un poco sus discípulos. Procuremos serlo en todo lo que tuvo de sano y de generoso su ideario".

(1) Alude Eugenio D'Ors al gran desfile que se efectuó en Madrid con motivo del santo del Rey—el imbécil de Alfonso XIII—manifestación que fué de una brillantez inusitada y que ha hecho que los cronistas vendidos a la monarquía hablen de la adhesión del pueblo español al trono. Bien sabemos que la verdad es muy distinta.

LEA USTED

Hombre de Otoño

Poemas de GERARDO SEGUEL

LIBROS RECIENTEMENTE LLEGADOS

ABATE ROREAU.—¿Están habitados los otros mundos?..... \$ 5.25	RAMIREZ ANGEL.— Los ojos cerrados..... \$ 7.20	Dr. GENETO.— Novelas cosmopolitas..... \$ 8.20	peratriz Eugenia. El camino al trono..... \$ 16.50
SOUSA COSTA.— Dos veces amantes..... \$ 4.70	O. WOHLBRUCK.— Los Sukoff (novela de una familia rusa)..... \$ 5.50	G. FROESCHEL.— La querida de Roswolsky (empastado)..... \$ 8.20	VON HANSTEIN.— Las hogueras de Tenochtitlan (historia del tiempo azteca)..... \$ 16.50
LUIS LEON.— El pecado redentor..... \$ 7.35	E. LUDWIG.— Diana..... \$ 5.50	DIEGO SAN JOSE.— Una pica en Flandes..... \$ 7.20	GENERAL DE NOGALES BEY. 4 años bajo la "Media Luna" obra sobre la guerra mundial..... \$ 17.00
CLAUDE FARRERE.— El hombre que asesinó... \$ 7.50	WALTER NITHACK-STAHN.— El juicio final..... \$ 5.50	CANSINOS ASSENS.— Las luminarias de Hanukah \$ 7.20	J. CAILLEAUX.— ¿A dónde va Francia? ¿A dónde va Europa?..... \$ 11.00
PLA MONPO.— Cuentos de la tía "Blaya"..... \$ 7.35	H. ROSNER.— El Rey (novela sobre el Kaiser y el Kronprinz)..... \$ 5.50	ANTONIO DE HOYOS Y VINENT.— El origen del pensamiento..... \$ 7.20	NITTI.— Europa sin paz. \$ 11.00
LEWIS PALEN.— Como se escapó el demonio blanco del mar negro..... \$ 7.50	LEOPOLDO BASA.— Don Juan de América..... \$ 7.20	OTROS LIBROS DE ACTUALIDAD EN PASTA DE LUJO	WIEDENFELD.— Lenin y su obra..... \$ 11.00
Dr. BRAMSK.— Manual de Grafología..... \$ 5.50	VON LAFFERT.— Juego en el Polo Norte (2 tomos)..... \$ 14.40	SCHUMACHER.— Vida de Lady Hamilton..... \$ 16.50	GUTERBOCK.— Mussolini y el fascismo..... \$ 11.00
HAUPTMANN.— El hereje de Soana (empastado). \$ 8.20	DELBRUCK.— El naufragio del transatlántico... \$ 8.20	SCHUMACHER.— El alma de Lord Nelson... \$ 16.50	VOLKMANN.— Historia de la guerra mundial.. \$ 11.00
LUIS ARAQUISTAIN.— La vucita del muerto..... \$ 7.20	MICHAELIS.— Don Juan Moribundo..... \$ 7.20	SCHUMACHER.— La em-	

GATH & CHAVES

Sobre el Derecho de Propiedad

A fin de demostrar que no son tan eternos e incommovibles como generalmente se supone los principios del derecho escrito en lo que se refiere a la posesión privativa de las cosas apropiables y retenibles, hémonos decidido a poner de relieve las extrañas vicisitudes porque el *derecho de propiedad, derecho demasiado torcido*, ha atravesado en la historia de la jurisprudencia española.

Supone la inmensa mayoría de las gentes que, desde que el mundo es mundo y los hombres viven en sociedad, existe perfectamente definida la legalidad jurídica del derecho de propiedad vigente; que siempre fué cada hombre en la tierra *dueño absoluto de lo suyo*, y que este derecho fundamental, por su moralidad irrefragable, fué apreciado de idéntica manera por todos los legisladores y juriconsultos y en todos los Estados del mundo. El error es craso; y nosotros, que anhelamos cesar de lo perturbador y acefalo de tal supuesto, que sabemos que el hombre desheredado no sólo no fué libre para poseer propiedades fomentadas con el sudor de su rostro, sino que durante muchos siglos ni aún le fué lícito disponer de su persona libremente: que era esclavo, y que, como tal, formaba parte de la propiedad de los tiranos; nosotros, que sabemos todo esto, deseando que la verdad resplandezca, tomamos sobre nuestros hombros la tarea de comprobar lo erróneo de lo generalmente creído, sacando de la legislación antigua y moderna los elementos comprobativos necesarios a la evidenciación de tales errores; y, al efecto, examinaremos ligeramente el libro X del *Fuero Juzgo*, que es el que trata de los medios legales de adquirir y conservar el dominio posesivo de la propiedad territorial entre los godos españoles.

El Código Civil fundamental de la España gótica, conocido con el título de *Lex Wisigotorum, Liber iudicum*, el *Fuero Juzgo*, fué trabajado casi en su totalidad por eclesiásticos, como lo da bien a entender el ultramontanismo a que trascienden la inmensa mayoría de sus leyes. Los materiales para la formación de este Código salieron de las leyes romanas, de las costumbres germánicas y de los cánones conciliares.

En el libro V del *Fuero Juzgo* se observa con claridad suma la inusitada parcialidad con que obraron los recopiladores, correctores y aumentadores de este Código, pues en él se hizo constar que todas las iglesias del reino *debían estar dotadas con espléndidas propiedades y esclavos*.

Y como las leyes prescribían el dominio posesivo de las cosas por la posesión de *treinta años*, a fin de no perjudicar los intereses de las iglesias, que eran los intereses de los obispos legisladores, estos santos varones barrenaron la ley general, declarando y haciendo constar en el *Fuero Juzgo* que *no tuviera efecto la prescripción en los bienes eclesiásticos*.

En el libro X del *Fuero Juzgo*, como ya dejamos inoicado anteriormente, trátase del dominio posesivo de los *bienes raíces* y medios de adquirirlos y conservarlos legalmente.

Conocida es la forma violenta y agresiva con que los godos se apoderaron de esta Península. Ellos nada poseían en España.

Roma se sentía impotente para contener y dominar los ímpetus guerreros de sus antiguos mercenarios, y no pudo evitar la preponderancia de éstos con todo su poder bélico y todas sus habilidades diplomáticas.

Pero, ¿a qué estado de derecho normal debían los germanos su entronizamiento? ¿Bajo qué auspicios de legalidad se posesionaron de España?

Al apoderarse de España, ¿podían invocar otro derecho que el de la fuerza, siempre preponderante y victoriosa?...

Por la fuerza habían llegado los cartagineses a ser *propietarios* en España; por la fuerza lograron serlo después los romanos, derrocadores belicosos del poderío de Cartago, y por la fuerza también hubieron de apoderarse de todas las propiedades, riquezas y privilegios hispanos los godos conquistadores.

La *razón de la fuerza* ha trabajado hasta el día todos los Códigos, informado todas las legislaciones y legalizado todas las leyes jurídicas. Pero los cuaceros entronizados por la violencia, los despojadores de los vencidos, enriquecidos con los botines de rapiñas guerreras, siempre fueron amantes de fórmulas legalistas con que poder encubrir sus vandálicos orígenes.

Así es que, cansados de su existencia aventurera, de ser siempre extranjeros y vandálicos saqueadores, los godos, como todos sus predecesores,

pensaron al fin en dejar de ser una raza amóvil, belicosa y eternamente andariega. El vandalismo bárbaro decidió *legalizar* su existencia, quiso *aristocratizarse*, gobernar, y después de grandes vicisitudes comenzó al fin el pueblo germánico su *vida legal*, dotándose como los demás pueblos de *sendas personalidades jurídicas* y administrativas, y de leyes y constituciones formalmente legalizadas, que santificaran e hicieran inviolables los bienes adquiridos por el despojo y la violencia.

Cuando los godos conquistaron a España, raza de bárbaros andariegos, incapaces de fecundizar los campos, por la violencia adquiridos, con el *polen* de sus brazos humanicidas, comprendieron que era preciso valerse de los naturales españoles para fomentar y garantizar las riquezas de que se habían hecho *dueños*, y al efecto repartieron las propiedades territoriales españolas entre godos y españoles originarios, reservándose para sí los germanos en tan *equitativo repartimiento las dos terceras y mejores partes* de los inmensos territorios por la fuerza adquiridos, y *donando graciosa y magnánimamente* a los españoles despojados la otra tercera parte restante...

Pero como los godos eran generalmente más guerreros que labradores, a fin de sacar provecho de sus fincas territoriales sin ellos cultivarlas, solían *darlas a censo* a los peninsulares, cobrándoles algún *canon a cuenta de frutos*. Más, como eran demasiado frecuentes los abusos cometidos por los godos terratenientes contra los intereses de los arrendadores indígenas, a fin de evitar los grandes perjuicios que las injustificadas y xtemporáneas deposiciones de las tierras arrendadas irrogaban a los arrendadores, en el libro X del *Fuero Juzgo*, muy cuerdamente, se dispone que mientras los censarios cumplieran bien *todas sus obligaciones censarias, no podían ser removidos de los predios adquiridos por arrendamiento*.

En las tierras cedidas por *precaria* o en arriendo debían guardarse el tiempo y demás condiciones estipuladas en las escrituras o contratos de otorgación.

El censo ordinario de las tierras acensuadas consistía en el pago al propietario de un *diezmo* de los frutos recolectados.

Las tierras acensuadas o arrendadas, cuyo dominio no se hubiera reclamado en el espacio de *cinuenta años*, no podían ya ser quitadas a los que la poseían y cultivaban, aún por los que justificaren ser sus propietarios legítimos.

Los esclavos fugitivos que no hubieran sido hallados en igual período de tiempo, quedaban redimidos para siempre de su antigua esclavitud.

Bien claramente se ve, en la época histórica que nos ocupa, como en todas las demás, que la base del derecho de posesión fundóse siempre sobre las violencias del despojo.

Los godos, por el *derecho de la fuerza*, derecho siempre *providencial*, se hicieron *amos absolutos* de la propiedad territorial española, como habíanse hecho antes de ellos cartagineses y romanos, y como, al derrumbarse la monarquía goda, consiguieron hacerse también los musulmanes...

Háblese con gran énfasis de la incommovible legalidad del principio fundamental y jurídico sobre que descansa el *derecho de propiedad* tal cual hoy se entiende y practica, y no se tiene en cuenta que el tan decantado derecho no emana directamente del trabajo, único fundamento legal y moral en que debiera el derecho de propiedad apoyarse, sino de una serie no interrumpida de despojos vandálicos y matanzas salvajes, infamias regularmente sancionadas por la razón de la fuerza.

Y es tan irracional y destructor en las prácticas de la vida social de los pueblos, el derecho de propiedad privativo y absoluto, que todos los Códigos y todos los pueblos hánse visto en la ineludible necesidad de restringir los derechos privativos del propietario particular, a fin de evitar trastornos y para preservarse contra posibles quebrantos sociales.

Los mismos legisladores godos, conquistadores y despojadores de los españoles, a fin de morigerar los grandes abusos perpetrados por los propietarios germánicos, vieron en la imperiosa necesidad de dictar leyes encaminadas a prevenir y cortar abusos lesivos al fomento del bien general. A tal fin, fueron decretadas las leyes que disponían



Madera de Geo

que ningún arrendador podía ser viciosamente expropiado por los propietarios de las fincas arrendadas, mientras cumpliera con puntual fidelidad todas las disposiciones condicionales insertas en la escritura de arrendamiento.

Un sistema de propiedad que necesita leyes que restrinjan los derechos del propietario, es evidente que no descansa sobre bases de sólida e inalterable justicia.

La incommovilidad de los actos de la justicia, es su carácter más respetable, su virtud más augusta; y ya sabemos lo incommovibles que resultan los decretos de la justicia histórica...

Los confeccionadores del *Fuero Juzgo* fueron en su casi totalidad obispos; pero, lejos de demostrar la santa imparcialidad de que se hallaran poseídos en sus determinaciones legislativas, tuercen en su provecho toda rectitud jurídica; y mientras que para los *bienes seculares* abandonados por sus dueños proclaman el derecho de prescripción y la libertad para los esclavos que se fugan y no son capturados en cierto número de años, tienen muy buen cuidado, un cuidado religiosamente piadoso, de eludir tales disposiciones en lo que respecta a los bienes eclesiásticos; y muestran su evangélico humanitarismo dotando con un gran número de *esclavos* a las Iglesias de un Dios humilde y redentor...

Tal resulta en todas sus fases la historia de la llamada justicia humana. Una compilación abigarrada de incongruencias y principios absurdos; un tejido abominable de despojos e infamias.

La santidad del derecho de propiedad fué en todas las épocas la misma.

El despojo organizado, fué la base que hizo ricos a los hombres y poderosos a los pueblos, la guerra sancionó en todo tiempo el derecho de propiedad.

Mal parada queda aquí la augusta majestad de la ley y maldicha resulta también la *santidad impropañable* del derecho de propiedad, fundamento y sostén de las actuales sociedades; pero todo aquel que estudie con el debido detenimiento y sin interesadas preocupaciones la historia del derecho, seguramente no llegará a otras conclusiones más halagüeñas que las por nosotros sentadas.

El origen del derecho de propiedad fué el despojo y los despojadores, transformados en legisladores, sentaron sobre bases sofisticadas los cimientos *divinos* de todas las vigentes legalidades.

Esta es toda la verdad, escueta e irrefragable.

DONATO LUBÉN.

El presente artículo, si bien escrito para dar a conocer la forma como se generó el decantado derecho de propiedad en España, es perfectamente aplicable a este y demás países, ya que en todas partes ha sido siempre la fuerza y la violencia la única ley dominante en las sociedades.

La Novela Ilustrada

El más completo surtido. Obras Teosóficas, Literarias y Sociológicas encontrará usted en esta conocida Librería. Hallará además toda clase de Útiles de Escritorio y Cigarrería.

VISITELA EN SU NUEVO LOCAL: DIEZ DE JULIO 35

IMPRENTA SELECTA